

ANTOLOGÍA LITERARIA

CAMINO A LOS 50 AÑOS DE LA UNLZ



LA PRIMERA
DEL CONURBANO

Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Facultad de Ciencias Sociales

Camino a los 50 años de la UNLZ : antología literaria / coordinación general de Gustavo Naón ; Luz Canella Tsuji ; Dietris Aguilar ; prólogo de Gustavo Naón ; Luz Canella Tsuji ; Dietris Aguilar. - 1a ed. - Lomas de Zamora : Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Facultad de Ciencias Sociales, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: online

ISBN 978-987-3839-37-5

1. Antología Literaria. I. Naón, Gustavo, coord. II. Canella Tsuji, Luz, coord. III. Aguilar, Dietris, coord. IV. Título.

CDD A860



ANTOLOGÍA LITERARIA

CAMINO A LOS 50 AÑOS DE LA UNLZ

ÍNDICE



05 PRÓLOGOS

- 06 Gustavo Naón
- 07 María Luz Canella Tsuji
- 08 Dietris Aguilar

10 PRIMEROS PREMIOS

- 11 “EL TRIUNFO”
de Camila Berias
- 13 “CONECTANDO PUNTOS”
de Soledad Morán
- 16 “EL REENCUENTRO”
de Julieta Carabajal

19 MENCIONES DE HONOR

- 20 “QUIÉN SABE QUÉ TRAERÁ LA MAREA”
de María Cecilia García
- 22 “MI UNIVERSIDAD...ALGO TARDÍA”
de Juan Carlos Salvia
- 25 “LA FACU”
de María Anahuarqui Brizuela
- 27 “NUESTRO BANCO ROJO”
de Agustina Paz de Oliveira
- 29 “LONGICRUXES EN EL CRUCE”
de Gabriela Cicalese
- 31 “LO INTEMPESTIVO”
de Elías Brizuela

32 FINALISTAS

- 33 “PASAJE”
de Cristina Soria
- 36 “EL CURIOSO CASO DE ANTONIO GALIMBERTI”
de Darío Rodeiro
- 38 “MI EXPERIENCIA EN LA FACULTAD”
de Noemí Vázquez do Reis
- 39 “LAS LARVAS SE HICIERON MARIPOSAS”
de Yamila Lencina
- 41 “¿Y POR QUÉ NO?”
de Verónica Barcala
- 42 “BIENVENIDOS AL DESFILE UNIVERSITARIO”
de Candela Gelabert
- 44 “UNA MOCHILA MOJADA”
de Sofía Verdes
- 45 “MI CUERPO DEL FINAL”
de Gustavo Chiachio
- 47 “NUNCA SE SABE”
de Marcela Nicolazzo
- 48 “MI ANSIEDAD Y YO EMPEZAMOS EL CICLO”
de María Guadalupe Jiménez
- 49 “BODAS DE ORO”
de Graciela Chillon
- 50 “UN LUGAR MARAVILLOSO”
de Federico Fariña

- 52 “LAS DOS ALIANZAS”
de Rocío Hernández Narbona
- 54 “LA MUERTE, LA VIDA Y EL PROFESOR DE ECONOMÍA”
de Sergio Samaniego
- 56 “MAMABU”
de Beatriz Capelli
- 58 “EL JARDÍN DE LAS DELICIAS”
de Rocío Gómez
- 60 “SIN TÍTULO”
de Mateo Caputo
- 61 “CORRESPONDENCIA INESPERADA”
de Rodrigo Barzola
- 63 “EL MEJOR REGALO”
de María Eva Percíncula
- 64 “EMERGENCIA LITERARIA”
de Marta Albarracín
- 66 “AVES DE CORRAL”
de Leandro Guerschuny
- 68 “TIERRA FIRME”
de Vera Giandana Hamra
- 70 “UNA ACTRIZ QUE LLORA Y UN CAFÉ”
de Rocío Villalba
- 72 “VIVENCIAS”
de Silvina Soto

PRÓLOGOS



Mg. Gustavo Naón

Decano

En el marco de la celebración del cincuentenario de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, desde la Facultad de Ciencias Sociales nos propusimos la realización de un concurso literario que convocara bajo el título: “Camino a los 50 Años”. El resultado es esta antología que conjuga la introspección y la expresión,

que le pone palabras a las vivencias, los aprendizajes y las transformaciones que tuvieron lugar en los pasillos, aulas y demás espacios de nuestra casa de estudios. Cada relato aquí incluido se presenta como una ventana a un mundo personal, una narrativa única que, cuando se entrelaza con las demás, compone el gran mosaico de nuestra identidad universitaria.

Como decano, me llena de orgullo presentar esta colección de historias que no sólo se enmarcan en la celebración de nuestro aniversario, sino que también son un reflejo de la diversidad, la pasión y el compromiso que caracterizan a nuestra comunidad académica. Esta propuesta literaria nos permite compartir una mirada colectiva desde la gratitud, pero también nos propone mirar hacia adelante con esperanza.

En estas páginas encontrarán anécdotas, vivencias, risas y lágrimas, desafíos,

tropiezos y triunfos, pero, sobre todo, hallarán la esencia de lo que significa ser parte de la familia de la primera universidad pública del Conurbano.

Cada participación significó una valiosa contribución, un legado que ahora compartimos con el resto de la comunidad a través de esta publicación. Invito a sumergirse en estas narrativas, a dejarse llevar por las emociones y las reflexiones que emergen de ellas. Que este prólogo sirva no sólo como una introducción, sino como una invitación a celebrar unidos, a través de la palabra escrita, la vida y la historia de nuestra querida Universidad Nacional de Lomas de Zamora.

Con la mirada puesta en el futuro, espero que esta antología inspire a las próximas generaciones de estudiantes y docentes a continuar plasmando sus experiencias, a seguir construyendo la historia colectiva de nuestra institución, una historia de excelencia, compromiso y comunidad.



Lic. María Luz Canella Tsuji

Secretaria de Investigaciones y
Directora de la Revista Académica
Hologramática

Un lugar donde construir colectivamente

Celebrar los 50 años de nuestra Universidad nos invitó a generar espacios, actividades y encuentros tan diversos y variopintos como las personas que formamos parte de la vida institucional de la UNLZ durante estas cinco décadas. Desde la Secretaría de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales junto con la revista académica de la Facultad, Hologramática, creímos que convocar a un concurso literario donde pudieran quedar plasmadas las vivencias de estudiantes, docentes, no docentes, graduados y graduadas de nuestra querida

casa en sus recorridos en la Universidad, podría acercarnos un poco más a conocer esas diversas experiencias que representa la UNLZ para cada uno/a.

Hay quienes son los y las primeros y primeras de su familia en concurrir a la Universidad, quienes son hijos/as, sobrino/as, nietos/as de profesionales que salieron de las aulas de Lomas, quienes pasaron solo un ratito por la Facultad, pero cuya vida se transformó a partir de eso, quienes ingresaron a los 17 como estudiantes y hoy se jubilan como docentes o no docentes de la Universidad. Hay quienes se llevaron de la UNLZ aprendizajes, crecimiento y un título; amores, amigos y compañeros; discusiones y traiciones, pero también alegrías y abrazos compartidos, cansancio, ansiedad, felicidad... Algo de esto o todo esto, pero no hay nadie que no se haya llevado algo en su pasaje por nuestras aulas y pasillos. Porque desde su creación en 1972 la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, la primera del Conurbano, brinda

a la comunidad educación y formación de calidad, pero sobre todo un lugar donde construir colectivamente.

En el aula, en el territorio, desde la academia, desde la investigación o la extensión, como estudiantes o como laborantes, la UNLZ nos da una identidad compartida, la posibilidad de ser y hacer para y con el otrx. Nos ha dado una familia ampliada, un espacio donde refugiarnos en los momentos oscuros y desde donde organizarnos para recuperar la luz, es espacio de encuentro y posibilidad. Es la pura potencialidad que transforma las vidas de quienes pisamos la Universidad, pero también de las familias que nos apoyan, que nos bancan, de quienes creen en lo que hacemos en cada rincón que pisamos y que son parte de esa enorme comunidad que es la UNLZ.

Gracias a quienes se animaron a compartir con nosotrxs un fragmento de su vida, de su tiempo en la Universidad y de las huellas que Lomas dejó en sus corazones.



Lic. y Prof. Dietris Aguilar

Jurado

“La vida, la universidad y las Letras”

Este concurso literario fue una excelente oportunidad para conocer (o recordar) todas aquellas situaciones, eventos o anécdotas imaginables (o no) para quienes organizamos el certamen literario con un motivo más que movilizador: los 50 años de la creación de nuestra universidad. Y escribo “recordar” y hablo de “motivo movilizador” ya que las autoridades académicas y la mayoría de los jurados estudiamos en esta casa de altos estudios, transitamos los pasillos, sus aulas, los exámenes, los viajes en colectivo, los amores o utopías.

El banco rojo era una de las referencias más recurrentes en los textos enviados; no obstante, el duende irrumpió como protagonista de varias historias compartidas.

El placer de esta tarea de jurado fue por partida doble: por un lado, reencontrarme con mis docentes y con mis colegas de la carrera de Letras: la Dra. María Mercedes Rodríguez Témperey, la Dra. Beatriz Hall, el

Dr. Mariano Calbi y el Lic. Guillermo García; las profesoras Anahí Saura, Mayra Cepeda y Milagros Balduzzi, quienes se encargaron de leer y seleccionar los mejores textos, para que el Jurado de Honor elija los primeros premios.

Por otra parte, la lectura de todos los textos me abrió las puertas de cada uno de estos así como se produce la apertura a cientos de universos: leer hermosos, hilarantes e ingeniosos episodios o sucesos narrados con amor, humor, nostalgia y hasta con agradecimiento hacia algún compañero o docente. Cada una de las historias es una muestra clara de cómo el destino unía la universidad con un tramo de sus vidas. Y esta antología da cuenta de ello. Celebro la placentera tarea de leer un pedacito de alma de cada participante.



PRIMER PREMIO

“EL TRIUNFO” - Camila Berias



“EL TRIUNFO”**Camila Berias**

El gris del asfalto y el celeste del cielo se fusionan a medida que asciendo por el puente de Juan XXIII. Despego mi pie del acelerador para dejarme llevar por la pendiente descendiente y entonces... verde, mucho verde. El inmenso predio de la Universidad comienza a aparecer a un costado de la avenida.

Los nervios hacen su acto de presencia en cuanto traspaso las puertas enrejadas y circulo por la rotonda que me lleva al estacionamiento trasero de la Facultad de Ciencias Sociales. Se acrecientan en cuanto volteo mi rostro hacia el tan ansiado edificio, y entonces, sin proponérmelo ni pudiendo evitarlo, comienzo a recordar...

Visualizo, desde el asiento trasero del auto, en mi cuerpo de niña de diez años, a mi padre sentado como copiloto, sonriendo, feliz. Ese era su único estado de ánimo cada vez que llegaba a la Universidad; cada vez que recorría aquellos

pasillos, desde la entrada del estacionamiento hacia las aulas deslizándose a cierta velocidad en su silla de ruedas, cual “pez en el agua”.

La voz de Dani me trae al presente. Me saluda y me indica dónde puedo estacionar. Giro la llave para apagar el motor y no puedo evitar volver a sumergirme en el recuerdo. Nuestro auto estacionado y Dani acercándose enérgicamente. “¡Salí, molesto!”, exclama mi papá mientras Dani lo besuquea y aprieta a través de la ventanilla abierta, para después pasar a abrirle la puerta y ayudarlo a sentarse en la silla de ruedas, ya armada, que yo misma sostengo.

Cierro los ojos con fuerza y me paso la mano por el rostro, intentando volver al presente, intentando concentrarme en lo que tengo que hacer. Logro salir del auto y los nervios, que parecían haber quedado opacados por la nostalgia, regresan una vez más.

Atravieso las puertas de entrada, no sin toparme con algunos militantes de centros de estudiantes. Los eludo con una sonrisa, tratando de

resultar más amable que antipática, y -simplemente es inevitable- recuerdo una vez más...

En mi mente, veo el rostro de Laura, la coordinadora del curso de orientación vocacional que mira mi nombre en la lista y me pregunta: “¿vos sos la hija de Marcelo?”. La escena pareciera repetirse, excepto porque quien pregunta es la profesora del curso de ingreso. Y es que, posiblemente, el *déjà vu* hubiera seguido ocurriendo si tan solo mi papá hubiera seguido existiendo...

“Te mando un beso por tu papá. Era un genio”, dice mi profesor de Lingüística mientras me lanza con su mano un beso volador invisible, en plena aula magna repleta de estudiantes. “Lo siento mucho por tu papá. Era una gran persona”, me dice la mujer que recibe mi DNI antes de pasar a votar.

Pasado y presente, recuerdo y realidad comienzan a fusionarse en mi mente mientras camino. La cafetería de la Facultad se transforma en el *buffet* de la clínica en medio del cual recibimos la llamada que avisa que la operación había lle-

gado a su fin. Y entonces las imágenes mentales se suceden extremadamente rápido, como un torrente de agua cayendo por una cascata. En vano trato de controlarlas, de asignarles un orden, un sentido, pues son pura emoción, solamente puedo dejarme atravesar por ellas: la corrida desde el *buffet* hasta el quirófano; el llanto de desesperación absoluta; las tareas de Latín en el baño de la habitación de la clínica; los resúmenes ilegibles de Literatura Española; ese examen que pensé que iba a reprobarme; ese amado lápiz “de la suerte”; ese *e-mail* avisando que no podía cursar más; *Sonata de otoño* mientras se apaga la vida de un ser amado en una cama.

Los recuerdos se desvanecen en cuanto me topo con la puerta del aula doce, *mi* aula. Detrás de esas puertas de vidrio, puedo vislumbrar a los alumnos esperando por su profesora. La realidad se impone, el presente se impone. La angustia se disipa, dando paso, una vez más, a los nervios. Tomo el tirador de la puerta al tiempo que inhalo profundamente, cerrando los ojos, tratando de aliviar la tensión en mis mandíbulas. Soy cons-

ciente, más que nunca, de lo que estoy a punto de hacer. Algo increíble, imposible. Al mismo tiempo, algo tan deseado, tan anhelado.

Traspaso la puerta vidriada y en ese instante no solo el presente y la realidad se imponen, sino que la vida vence a la muerte.

Como vos bien me enseñaste, papá, la felicidad y los sueños siempre triunfan...

Ojalá pudieras verme triunfando hoy.



SEGUNDO PREMIO

“CONECTANDO PUNTOS” - Soledad Morán



“CONECTANDO PUNTOS”

Soledad Morán

Creo que fue *El misterio del escudo escocés* el libro que encendió mi interés por la lectura. Pertenecía a una colección que se llamaba *Elige tu propia aventura* y convertía al lector en protagonista de las más extrañas hazañas. Fue el primero de muchos más.

Pero mi historia con ellos empezó mucho antes. Una biblioteca gigante habitaba mi casa, iba del piso al techo. Era infinita, al menos así me parecía. Cuando uno es muy pequeño todo le parece grande. Me costó tiempo y centímetros poder alcanzar su totalidad. Me recuerdo diminuta, trepada en los estantes, buscando dinosaurios y ovnis en las enciclopedias Monitor. Su gran peso siempre ponía en riesgo mi equilibrio.

Cada centímetro que crecía me habilitaba un nuevo estante y nuevos misterios se me descubrían. Así, un día llegué al de los libros no aptos para mi edad, el que guardaba *La impura*.

Atraída por su título, no sabía que la imagen de Chantal sin nariz ya no me abandonaría.

A los trece o catorce años, cuando empezaba a interesarme también en la escritura, descubrí a Stephen King. Sus libros —y más tarde sus películas— me sumergieron en un mundo del que nunca quise salir. A mi sueño juvenil de ser escritora se le sumaría el miedo a encontrarme, algún día, con alguna Annie Wilkes, o incluso con una Kathy Bates, a ella también le temo. King es el responsable de todos los fantasmas que alguna vez me asustaron. Todavía no lo sabía, pero en esas páginas se encontraba ya el germen de un llamado a la aventura.

Gabriel García Márquez llegó en mi cumpleaños número dieciséis. Aún en mi biblioteca, Doce cuentos peregrinos custodia las últimas palabras escritas de mi mamá. En la dedicatoria me pedía leer la parte subrayada del prólogo. Lo leí completo en una madrugada, cuando fui abandonada a mi suerte en la ciudad fronteriza de Paso de los Libres. Durante las horas que me separaban del amanecer me sumergí en sus his-

torias. Hoy no recuerdo ninguna, pero sí recuerdo cómo me hicieron sentir. Me hicieron sentir en casa, me hicieron sentir segura, me hicieron sentir que, de alguna manera, mamá estaba ahí conmigo, cuidándome y acompañándome. Fue mi único amigo en ese lugar tan solitario.

Varios años después, decidí aceptar ese llamado a la aventura y me anoté en la carrera de Letras. Crucé el puente que me separaba de la inscripción. Fue como cruzar el primer umbral. Sabía que era el momento de tomar acción, de empezar a unir los puntos. Lo que aún no sabía era si sería mi carrera definitiva —ya había pasado por otra. Tampoco sabía, en aquel momento, todas las pruebas que debería superar hasta llegar a su final, recién en el 2021. Recuerdo que al empezar la carrera me advirtieron que, a partir de ahí, debería tomar una importante decisión: leer por placer o leer por obligación. No había tiempo para las dos. Sin embargo, para mi sorpresa, me encontré con que esta nueva carrera fusionaba ambas.

La *Ilíada* y la *Odisea* son las primeras que vie-

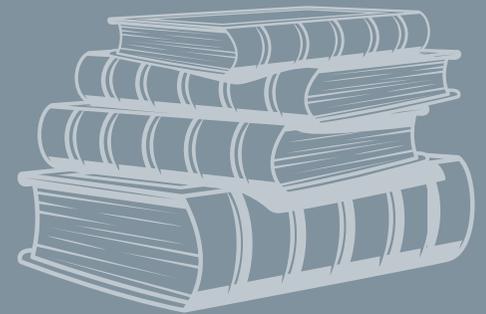
nen a mi memoria. Me mostraron una cultura que me era desconocida y fueron un pilar para las obras que le sucedieron. A partir de ellas, pude comprender mejor el mundo. La conjura de los necios fue la primera recomendación de un compañero que, rápidamente, subió a la categoría de amigo. Él no lo sabía pero, en ese momento, lo había declarado mi mentor universitario. Ojalá todos puedan encontrar el suyo. Placer y obligación se conjugaron también sobre el final cuando, en una de las materias más maravillosas, descubrí a Virginia Woolf. El recorrido que hace en Un cuarto propio me hizo cuestionar muchos de los privilegios que daba por sentado. Hice propias tanto sus palabras como su lucha por la libertad.

Del camino recorrido no solo me llevé grandes libros, también me llevé grandes amigos —aunque no estoy muy segura de que sean cosas distintas.

La apoteosis de este viaje llegó de la manera menos pensada. En ninguna de mis fantasías aparecía semejante final. A través de una pantalla, en medio de una pandemia mundial, rendí

mi último final. Con el sombrero de graduación puesto, posamos todos para una captura de pantalla y me desconecté.

La parte subrayada del prólogo de Doce cuentos peregrinos decía “Sólo entonces comprendí que morir es no estar nunca más con los amigos”.



TERCER PREMIO

“EL REENCUENTRO” de Julieta Carabajal



“EL REENCUENTRO” de Julieta Carabajal

Cuando entré en la Facultad de Ciencias Sociales de Lomas de Zamora, en la carrera de Letras, a mis 18 años, la adrenalina me recorría el cuerpo. Me sentaba en una clase y me sentía gigante; por fin había llegado ese tiempo anhelado que anunciaba una nueva etapa en mi vida, más libre, más madura, más intelectual. Se abrían miles de posibilidades con sólo acercarse al umbral de la famosa entrada doble con puertas de vidrio: nuevas personas, nuevos vínculos, nuevos desafíos, nuevas inspiraciones. Me sentía lista. Siempre pensaba que en cuatro o cinco añitos estaría festejando mi título. Lo podía sentir entre mis dedos. Todo era un sueño de felicidad y armonía. Nunca voy a olvidar la frase del decano cuando pasó a saludarnos aula por aula a los ingresantes: “No hay fórmulas mágicas. Acá se trata de la fórmula cola – silla”; y empezaba a darme cuenta de cuánta razón tenía.

Ese parque divino, lleno de verde césped y árboles que son paz en medio de la gran ciudad, también tuvo que pasar por días de viento. Y, al igual que en éste, llegó el viento a mi vida universitaria: el primer desaprobado, el primer final complicado, el cansancio entre el trabajo y las responsabilidades, las esperas interminables en la parada del colectivo, la noche, el frío; la vida misma que con su ímpetu me empujaba. Sin embargo, nunca había sentido que esos vientos me doblegaban. Pasamos por problemas económicos como familia, por lo cual disfruté de las becas de apuntes o de los módulos regalados; así como también, con el paso del tiempo, pude acceder a un mejor trabajo y empezar a deleitarme con pequeños placeres tales como tomarme un remís cuando se hacía tarde, comprarme un Nescafé o comprar los libros originales. Y así, a veces más y a veces menos, todo parecía que se encaminaba de nuevo hacia el mismo objetivo.

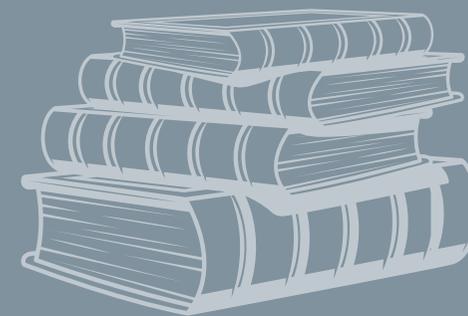
Si bien creo que con cada decisión que tomamos, con cada cosa que hacemos, estamos *haciendo historia*, nunca me imaginé ser parte de

una pandemia que aún nos acompaña día a día. No sólo la incertidumbre ante un enemigo desconocido nos preocupaba, sino las distancias, las nuevas modalidades, la vida que, una vez más, nos revolucionaba con nuevas reglas. Entre el miedo y la novedad, pasó el 2020 y el 2021 golpeó a nuestra puerta de imprevisto en febrero, con la internación de mi mamá por COVID 19. En abril de ese mismo año falleció y para mí todo ese sueño que me mantenía a flote, aún en las peores situaciones, se me había desarmado. La foto feliz con el título no era lo mismo sin ella, mi mentora y fortaleza durante tantos años. Parte de ese título tan deseado era para ella, que se sentaba frente a mí en la mesa del comedor y, mientras se tomaba unos mates y yo leía, me decía “Te admiro” y yo me sentía Borges. Quizás fui una ilusa al creer que a nosotros no nos iba a pasar, pero nos pasó. Y ese tornado se llevó los cimientos de mi vida, parte de mi fe y de mis seguridades y sueños. Entonces como nunca me encontré a mí misma en el medio de la nada, en un lugar donde el camino dependía de mí: ¿sigo o dejo? ¿doy esos finales pendientes o abandono?

no? ¿cómo sigo? ¿puedo seguir? ¿cómo hago para seguir? Todo eran preguntas suspendidas en el aire.

Así como la vida nos atraviesa y nos modifica, las palabras de mi mamá me habían moldeado y marcado a fuego. Y decidí que la mejor manera de rendirle honor a su memoria, era continuar. El día que volví a rendir por primera vez, después de tanto tiempo, un final presencial, sentía un miedo que nunca había experimentado. Esa mezcla de querer enfrentar la situación y también de querer huir, pero debía enfrentarlo por ella, por nosotras y por mí. Cuando salí de ahí victoriosa, me sentí orgullosa porque había superado mis propias expectativas; porque siempre me imaginé más débil, endeble, frágil y me demostré que aún en la peor adversidad hay en mí un cofre lleno de fortaleza que se inyecta en las rodillas, en las piernas, en los pies y me impulsa a seguir. Quizás ese sea el legado más importante.

Hoy no tengo nada resuelto, pero sigo en pie. Estoy cursando las que, espero, sean mis últimas materias. Y no me llevó el tiempo que esperaba, me llevó mucho más, pero hoy entiendo que necesitaba de este proceso para enriquecer ese logro que sé que se concretará. Y nada sucedió como esperaba y esa foto ideal quizás tenga un gran lugar vacío, pero sigue siendo un logro colectivo porque sin toda la gente que me rodea y es parte de esta carrera, no hubiese llegado hasta acá. Ahora ella se multiplica en todos los lugares que visito, en todo lo que hago. Tengo una aliada arriba y tantos más acá abajo. Por algo me tocó a mí quedarme un rato más, quizás para contarle a alguien esta historia, quizás para poder aprender un poco más. Quizás para reencontrarme con todo, incluso conmigo misma.



MENCIONES DE HONOR



“QUIÉN SABE QUÉ TRAERÁ LA MAREA”

de María Cecilia García

Mi cartuchera estaba con la foto de mi padre custodiando junto a la FM que parecía leer mis pensamientos. Sonaba “*Not About Us*” de Génesis y parecía una oda que yo recitaría a mi papá:

*A little piece of something
Falling gently down, down, down
No one understands you like I do*

(Una pequeña parte de algo
Cayendo suavemente hacia abajo
Nadie te entiende como yo.)

El té *chai* perfumaba con el cardamomo, el anís y la canela toda la habitación. Mi eterna pelea con la pantalla de mi *notebook*, que hacía falso

contacto, no me dejaba participar del zoom de forma correcta, creaba una “distracción tecnológica”. El ritual consistía en moverla de un lugar a otro hasta que la cámara me reunía con la clase.

El primer encuentro estuvo a cargo de Sociología. Diferentes sensaciones me rondaban: ansiedad, vergüenza y la expectativa de conocer al profesor y a los compañeros en este viaje académico.

Miles de ventanitas con nombres de diferentes personas inundaban el zoom. Parecía una película de ciencia ficción donde el personaje se teletransportaba a diferentes lugares. Cada uno de ellos con una decoración diferente donde se exponía la cotidianeidad de cada uno de los alumnos y lo informático se mezclaba con lo humano, el día a día.

Cuadros, libros, lámparas, gatos que se inmisciaban como queriendo absorber la atención y ladridos de caninos vecinos eran nuestras centinelas en nuestro nuevo desafío.

En mi caso hacía un mes había sufrido la pér-

tida de mi padre. Una madrugada de marzo se fue por causa de Covid. Un alma noble y ejemplar. Me dejó un dolor indescriptible con el cual lidiaba con mi té de hierbas para poder evitar las lágrimas y mantenerme estoica ante la adversidad. Mis compañeros ayudaban a poder transitar los momentos difíciles y, a pesar de tener una relación casi holográfica, sanaba el compartir con ellos.

Las plataformas fueron todo un descubrimiento en ciertas formas ventajosas y en otras, desastrosas. Pero con el correr de los días y la asistencia de los más jóvenes se produjo un conocimiento que se incrementó a fuerza de necesidad.

La simbiosis entre mis colegas de clase y los profesores fue muy importante en lo personal, ya que la exigencia de asistir a los encuentros y cumplir con los trabajos me impulsó a continuar a pesar de lo sucedido.

Desde el desconocimiento de completar un formulario de Google, el hackeo del parcial de *Cas-tor Anónimo* en psicología y los trabajos arduos

fueron una terapia eficaz para mi duelo.

Cada clase nueva, el café, el té *chai* y el ruido al encender la compu significaba un día más de esperanza para seguir donde me valgo de la frase (del film "Náufrago") que me acompañó durante meses. La cual repetía como una plegaria al terminar cada jornada: "Ahora sé lo que debo hacer, seguir respirando, porque mañana volverá a amanecer y quién sabe qué traerá la marea".



“MI UNIVERSIDAD...ALGO TARDÍA”

de Juan Carlos Salvia

La incursión por una ciudad provinciana me obligó a meditar sobre conceptos tratados en materias diversas, cursadas en dos años virtuales y dos presenciales... Sobre un lateral de la ruta provincial 51, a escasos kilómetros del casco urbano, visité un campo de varias hectáreas en cuyo centro se encontraba un reducido caserío. La apariencia externa me retrotrajo mágicamente en el pasado. Algo más de un siglo atrás seguramente fue habitado de manera permanente. Hoy algunos rudimentos que aparecen testimonian lo que fue. Un antiguo molino que gira raudamente al conjuro del viento y su veleta inquieta parpadeando e indicando la dirección noroeste. A su lado un estanque, que otrora recibiera el caudal acuoso extraído y que yace ahora totalmente seco y con hierbas caprichosas crecidas lo reafirman. Denotan que eligieron emerger por sus hendiduras develando cabalmente la inactividad del sistema. Cercana a él, una manga guardaganado para vacunos

ya innecesaria, deduce la anterior existencia de un vacunatorio de animales, cuyo triste destino final sería el matadero. Pensé que el campo siempre constituyó una importante fuente de ingresos para nuestro maltratado país, durante todos los tiempos en que se desarrolló el curso de su larga historia.

Apoyarse en un montículo de quebrachos previamente segados y entrecerrar los ojos puede remontarnos a un estado de éxtasis que no tiene tiempos. Podría durar horas enteras, hasta que la majestuosa puesta del sol entre la densa arboleda existente cierre el capítulo con un fotograma maravilloso. Luego, olvidarse del mundo y mirar hacia atrás resulta inevitable. Omitir al universo presente y soñarlo hacia pasajes pretéritos resulta admisible. Al despertar de ese estado de ensoñación y asumir la realidad, la única dicotomía se opone a la fantasía vivida en esos momentos está representada por una elevada torre. En su cúspide, una moderna antena se encargará de recibir las señales que la tecnología incorporó a nuestra historia moderna. Telefonía celular, televisión, Wi-Fi y cualquier otro adminículo compatible con el

avance de la ciencia nos reubicará drásticamente en el tiempo presente. Quizás allí se realimente el intento atrevido de cursar tardíamente en la Facultad una carrera atrapante como lo es el periodismo, habida cuenta del bombardeo informático que nos invade actualmente en todos los medios con opciones que generalmente se aprecian como contrapuestas... Los principios sobre Introducción a la Comunicación y Psicología así lo soslayan.

Cabrán entonces preguntarse qué es lo que pasó por la mente de una persona mayor, que atravesó casi tres generaciones en su meditación, apoyado sobre una pila de quebrachos talados. El pasado quedó atrapado en la mente, según la teoría freudiana de “las cuevas de la memoria”, o la platónica “alegoría de la caverna”, siendo expuestas para mí tardíamente en las clases de Filosofía. Consecuentemente, descubrí como los sentidos muestran un mundo imperfecto y cambiante y no la verdadera realidad. También entre otras cátedras, todas importantes, la Historia nos reverdeció con hechos fundantes que se fueron jalonando durante el transcurso de los tiempos.

Ayudaron a pensar subjetivamente sobre errores y aciertos pasados y actuales. La Universidad configuró un páramo de terapia alternativa donde todas las materias aprehendidas con algún esfuerzo y mucha tozudez, transitaron sobre sorprendivos aplazos hasta promociones con la calificación máxima. Pero, me insertaron a su vez en ese mundo fascinante. Quizás resulte utópica la tecnicatura en periodismo y menos aún, una licenciatura. Pero quedará imperecedera durante el tiempo que dure mi cursada la interacción con los jóvenes que me admitieron junto a ellos. Representan con su actividad estudiantil un futuro promisorio para un país que los necesita para cambiar un rumbo equivocado que va padeciendo desde años atrás. Los adláteres en Economía nos dijeron: “Argentina (según algunos) es un país rico y la realidad indica que es un país que tiene riquezas, pero que están mal administradas”. También en Sociología deglutí información y debí soportar con infinita tristeza la pérdida de mi joven profesor, que al margen de sus condiciones didácticas excelentes, me alentó a interpretar la materia. Además, él estaba catalogado

entre sus pares como un ejemplo de dinamismo sobre las luchas sociales. En los cursos de ingreso motivó a los jóvenes futuros estudiantes con un anticipo extra, (enamorarse, ponerse de novios, desenamorarse nuevamente y también en cuestiones anexas atinentes a lo académico). Luego vendrían las caminatas desde el ingreso peatonal hasta el hábitat de Sociales, viendo caer las hojas durante el otoño y percibiendo el veloz andar de los compañeros, mayormente “milenials” y a mi paso algo cansino indicando una decadencia que no se compatibiliza con el resto. Ascender los 34 escalones del puente peatonal sobre la ruta; transitar algo más de un centenar de metros sobre él y abordar el descenso me hicieron comprender con un dejo de resignación que me resultaba algo fatigoso. Medité luego sobre la estructura de un tablero de ajedrez. Acordé haber desarrollado desde mi añorada juventud infinitas partidas en ese juego-ciencia. Algunas que fueron ganadas, otras perdidas, y unas pocas que me resultaron trabajosamente tablas. Se me ocurrió establecer un paralelo sobre este juego, asociándolo con un poema escrito poco

antes (dado que en Lingüística caben también las poesías como expresiones del lenguaje)... Me pregunté: ¿qué me sugiere el tablero y las piezas del ajedrez?.. Y aludiendo metafóricamente a mi tardía actividad universitaria y además al tiempo relativo que me reste en ella... La respuesta entonces, quedará implícita en el poema:

Soneto al ajedrez y a la vida

En principio cada pieza guarda un lugar en su inicio,

unas blancas y otras negras; para el caso da lo mismo.

Ambas juegan su estrategia, intentando el beneficio

de vencer en la partida, que es base del silogismo.

La vida es un paralelo... Trebejos que por su estilo

se destacan, son valiosos y otros guardan menor brillo.

Cuando se desata el juego los senderos son distintos,

unos trazan un ataque y otros definden su sitio.

El final de la partida da en verdad su veredicto...

¿uno equivocó el camino u otro aprovechó el equívoco?

O los dos se equivocaron y así lo juzgó el destino.

Quizás en el juzgamiento no cuadre el valor intrínseco,

un epitafio al final rezará su veredicto,

y empezará otra partida en otro mundo distinto...



“LA FACU”

de María Anahuarqui Brizuela

La carrera de Letras fue una deuda pendiente que pude saldar ya casada, con cuatro hijos y trabajando.

La Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora había estrenado su edificio y allí me inscribí para transitar el camino que ordenaría mis lecturas. Me prometí a mí misma que si no moría al cruzar la avenida Juan XXIII, no me violaban o los caballos no me atropellaban, saldría con el título en mano. El turno mañana me permitiría asistir a las clases mientras mis hijos estaban en la escuela y mi marido en su trabajo. Ilusionada comencé a cursar las materias introductorias junto a numerosos estudiantes recién salidos del secundario. Terminado el cuatrimestre, el primer obstáculo se me presentó: los alumnos de Letras éramos muy pocos y debíamos pasar al turno noche.

Decidí continuar sin importar el tiempo en que

lograra recibirme, al fin y al cabo, era una señora de treinta y tantos que atendía su casa por la mañana y trabajaba por la tarde. Por suerte mi marido me acompañó, los chicos no se enfermaron y a paso firme finalicé la carrera en los seis años establecidos. La culpa de no ser la mamá abnegada hacía que antes de irme a la facu dejara la cena hecha y la mesa tendida. Finalmente, ese problema lo solucionaban entre ellos con el programa semanal que había previsto.

Pacientemente mi esposo compartió la cama con El Cid, Don Quijote, El Conde Lucanor, El Lazarillo de Tormes y soportó las Rimas de Bécquer con estoicismo. Mis trabajos prácticos olían a milanesas que freía mientras escribía a máquina y al ritmo del lavarropas.

Eran tiempos de investigaciones lingüísticas novedosas y profesores muy prestigiosos concurrían al medio del campo para darnos clases. La gramática tradicional y la psicolingüística se debatían en nuestras cabezas en duelos inentendibles que mediante diagramas extraños intentábamos comprender. Recuerdo la indignación de un pro-

fesor, bastante soberbio que nos tildó de “vacas pueblerinas” a tres de sus alumnas mayores que hoy somos muy amigas. El caso fue que luego de una hora de escuchar su monólogo se le ocurrió preguntar si habíamos entendido y la respuesta fue: “de buenas noches hasta acá, nada”.

Esperar el 338 en medio de la oscuridad se convertía en un rezo interno con la mirada fija a la distancia para detectar la luz azul que lo distinguía. Verlo llegar significaba el alivio de ahuyentar los peligros y estar en casa en cuarenta minutos.

Preparar los finales era armar un *fixture* de fechas posibles, alternando los más fáciles con los más complicados y establecer un riguroso plan de estudio que no dificultara la vida familiar. Nunca prioricé los exámenes durante las vacaciones ni alteré las actividades de los chicos.

Fue una etapa de mi vida que solo la energía de la juventud la hizo posible y me parece una hazaña haberla superado. Me admiro por lo que hice, pero no me siento una súper mujer y alienato a las jóvenes, que a veces les parece imposi-

ble hacer una carrera, a que lo intenten. Sé que mi generación tuvo que derribar muchos mandatos, que no fue fácil, que hoy para las mujeres tampoco es fácil, pero que si no somos nosotras las que luchamos por el cambio nadie nos lo servirá en bandeja.

Gracias a mi formación académica pude avanzar laboralmente, pero sobre todo me siento con la satisfacción de ser quién quería ser.



“NUESTRO BANCO ROJO” de Agustina Paz de Oliveira

Unas pocas líneas no serán nunca suficientes para plasmar el alud de significaciones que se le puede dar a la palabra AMISTAD. Cuando se trata de vos, con todas tus facetas, con todas tus historias y las nuestras. No pretendo que en verdad entiendan, quienes lleguen a leerme, lo que significa este breve momento relatado en un aún menor volumen. Solo me atraviesa una fuerza que nace desde mi sangre, que me hace desear imperiosamente dejar inscripto en un papel o en una hoja de word las vivencias que más me han llevado a ser quien soy.

En este sentido es que elijo contar uno de los momentos más preciados de mi memoria y corazón, el momento en que conocí el verdadero significado de la amistad, el amor y por sobre todo, el significado de la sororidad.

Todo esto aconteció en el patio de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, en un banco rojo...

Era una mañana fría, de esas que tienen tintes otoñales, con las hojas secas que se pintaban como acuarelas enmarcadas por los altos olmos y con un ligero, pero certero rocío que sin pedirte permiso se te metía por debajo de los jeans y que solo se resistía porque el solcito no dejaba de calentarte, al igual que ese matecito humeante, de los que te calientan las manos mientras lo tomás. En un banco rojo, literalmente, ese que alberga nuestros sueños más ingenuos, esos de las primeras veces y de los miedos escondidos. Un banco rojo, miles de historias diferentes, un mismo dolor, ese que deja huella, ese que quema hasta salir en un grito furioso, ese dolor que no sana, pero que sabe reposar en la lucha y en la angustia de cada nudo en la garganta por cada una que ya no está. Rojo como la sangre que hierve de injusticias, como los labios que no callan, que me enseñaste a no callar.

Puedo hablar por ambas cuando digo que pese al pronóstico inestable, había un clima de nostalgia que nos invitaba a no dejar que las calderas que templaban las aulas y los pasillos o la vuelta a nuestras acogedoras casas después de cursar

nos presentasen algún tipo de urgencia. Nos quedamos en la comodidad de nuestra compañía a cebarnos un mate más, a contarnos una historia, un secreto más con esa hermosa sensación de sentirse a salvo, en ese, nuestro hogar. Porque lo maravilloso de cruzarnos será siempre que nos dio fe, nos hizo creer, y crecer. Nos abrió la puerta a conocernos y a reconocernos, la una en la otra, a saber apreciar la magia de acompañar y ser acompañada. Nos dio amor, ese banco rojo, amor del que no se escribe tan a menudo, pero que sin lugar a duda nos dio la certeza de que cualquier postulado filosófico le queda chico a lo que puede salir de una tarde de mates y apuntes con vos. Hicimos las tesis que no necesitábamos con tal de quedarnos un rato más en nuestra acogedora compañía. Y hoy la sensación más agradable de mis días es el sol del campus brillando en mi cara, el viento azotando mi pelo y llevándose lejos los miedos; hoy vuelo alto y es gracias a tu amistad que me sostuvo cada vez que intenté flaquear.

Pareciese irónico que, sabiendo que las palabras mutan, se olvidan y hasta pasan de moda, aún

así nunca dejará de ser cierto que todo lo que se escriba desde el corazón trasciende y hoy mi obra resume el acontecimiento fundante de algo que nunca morirá, porque algún día alguien leerá nuestra amistad y comprenderá.

La sororidad que cobija, el lugar seguro: ese banco rojo, la lucha y tu amistad.



“LONGICRUXES EN EL CRUCE”

de Gabriela Cicalese

Entre los grandes méritos (propios y heredados) de J. K. Rowling en la construcción de su mundo mágico de Harry Potter, encontramos la existencia de los *horocruxes*: objetos investidos con trozos de alma. La autora adjudica el mecanismo a la potencia de un mago extraordinariamente tenebroso, ya que sólo puede realizarse esa transferencia al matar a una persona. Y el temido Lord Voldemort, antagonista de sus libros, deja nada menos que siete *horocruxes*.

El relato se sostiene en una primera premisa que nos resulta lógica: el horror del acto de matar genera que el alma de quien asesina se fragmente. Luego -y allí el ingrediente mágico- el asesino puede transformar cualquier simple objeto en un refugio para un fragmento de su alma que, paradójicamente, sobrevivirá a la propia muerte física de quien lanzó ese hechizo. En la saga de Harry Potter, esos *horocruxes* del mago más tenebroso de su cosmogonía debían

ser encontrados y destruidos.

Pero quedémonos con la analogía y traduzcámosla a la vida cotidiana. ¿Quién no reconoce haber transferido (de modo menos glamoroso, claro está) memorias de su propia vida o sentimientos del alma, trozos de sí en algunos objetos particulares? Esas mechitas de cabello de bebé o batita del Bautismo; esa chalina o lapicera a la que familiares confieren parte de la esencia de quien acaba de fallecer; esas primeras notitas de amor que sobreviven las separaciones... y la lista podría plagarse de detalles y objetos, superfluos para quien escucha un relato sobre ellos y literalmente trascendentales para quien los ha investido de sus anhelos.

Horocrux, neologismo admitido por su autora, ha sido interpretado tanto como derivado del inglés (*horror* y *quid* cuestión), del francés (*hor*, afuera y *crux*, nudo o corazón de una cosa) o del latín (*horreoum*, almacén o depósito y *crucis*, dolor). En todos los casos, remite a un objeto que, encontrándose fuera de alguien, pasa a ser depósito de sí o de su dolor u horror.

Con la impertinencia de quienes leemos sintiéndonos parte de esos mundos imaginados por novelistas, pero que tomamos como fondo metafórico para nuestras propias realidades y rutinas, podríamos renombrar también a esos otros objetos, cuando los investimos con anhelos y deseos, con momentos eternos de auténtica conexión, abrazos sinceros, risas espontáneas y reflexiones que se vuelven hitos de cambio en nuestras vidas. Y denominarlos, por ejemplo, *longicruxes* (en inglés *longing*, anhelo o de la raíz latina *longi*, largo, que alarga). ¿Debería haber pensado en *longiluxes*, para unir el sentido de la luz de la Resurrección y no la cruz de la Pasión? Sin embargo, cierta relación homónima entre *cruxes* y el Cruce, tal como que hemos identificado a la Facultad durante toda la cursada, me tienta a dejar esa desinencia original.

He conservado como *longicrux* el trajecito de raso color ladrillo de mi graduación, cuya diminuta falda ya no podría cubrir mis caderas luego de casi tres décadas. Cuando la encuentro en algún cajón, perdida, sé que quedaron allí no sólo la nostalgia de esa noche inusualmen-

te fría, sino espiraladamente también esas muchas otras noches frías esperando el 406 o el 54 sobre el Camino de Cintura al salir de cursar. El reclamo por la violación de una ingresante en los pastizales entre Sociales y Económicas (hoy sería otra la escucha, seguramente). Más otoñales, me invaden esos tibios soles de las jornadas eternas de los sábados, cuando cursábamos al menos 3 materias en continuado, como los viejos cines. Mechados por los datos de Rouviere, los interrogantes de Jorge Zuviría y los debates -siempre amenizados con bromas- de Daniel López. Las propuestas de escritura de Mariela Carboni y de Isabel Vassallo, tan inquietantes como inspiradoras. Más veraniegas y acaloradas aparecen las discusiones en Economía, o las dificultades en Estadística (de la que me convertí en maestra particular). Soleadas son también las escenas con harina y huevos de un 23 de diciembre, luego de rendir Política de los Medios. O aquellas materias de verano, en el Aula 2 -ese espacio que hoy ocupan las agrupaciones estudiantiles y siempre parece reconfigurarse en el aire- que se volvía menos poblada que durante

el año y nos regalaba una Marta Cavilliotti menos demandada. Fuera del Cruce, ese viaje de mochileros al Volcán Lanín. Primaverales y más organizados, esos otros inolvidables viajes a los Congresos de Estudiantes de Comunicación, de los que éramos protagonistas. Y, por supuesto las noches compartidas y sin tiempo, para cuidar las urnas de las de elecciones del Centro de Estudiantes.

También he vuelto a otros objetos *longicruces*: apuntes resaltados e ideas borroneadas de cuadernos de cursada, siempre disponibles cuando internet no alcanza ante una crisis creativa. ¿Fotos? Pocas. Aún se usaba revelar y el costo siempre las volvía limitadas. Afortunadamente aparecí en un número de la Revista *Apuntes* sosteniendo orgullosa la bandera del acto de egreso. Queda también la libreta, en el cofrecito de documentos y credenciales. Alguna vez se la mostré a mis hijos, alentándolos a seguir una carrera.

Todos *longicruces* que, como tantas y tantos, seguramente, me “traje” de Lomas. ¿Guardará

la Facultad algún objeto que refleje esos diversos y personales anhelos, deseos, recuerdos, abrazos, esfuerzos y logros de quienes la transitamos durante cada cuatrimestre, cada año, cada una de sus décadas? No hay muros de manos, como en Hollywood. Ni camafeos como en la Hogwarts de Harry Potter. Pero sé que en algún rincón del Cruce -hoy más edificado, transitado y poblado de autos- enterré mi fantasía de ser una *Hermione*.

“LO INTEMPESTIVO”
de Elías Brizuela

¿Lo sentís en el aire? Es el clima húmedo de Buenos Aires; el clima avasallante del conurbano que reverbera sobre las almas que vuelan junto con la virtud del tiempo.

Tal parece una constante, aquella, la de sentir el frío en el semblante bajo el lecho de una madrugada expectante. Pues, el día espera impaciente nuestra llegada y el criterioso barullo exterior aguarda por ser interpelado.

Aquesta introducción: la antesala del sentir. Es decir, el camino por el cual me acerco a aquella fuerza limerente de la experiencia del vivir. La nostalgia de sentirse único ante la espectacularización del tiempo y el sentido que le doy a la experiencia de transitar los días con esmero.

Porque no toda historia comienza con “érase una vez” y nunca termina bajo la tutela del “felices por siempre”; porque los caminos son

escuetos y vertiginosos, sorprendentes y cautelosos. Pues la existencia toda nos acoge de tal forma.

No obstante, así de necesario es introducir el contexto para apelar al amor; un amor que se gestó con la esperanza de poder salir adelante. La esperanza de ser el primer graduado universitario de mi familia -con lo que implica haber nacido en los noventa-. La esperanza de poder salir del imperio de la anarquía para trasladarme a la comuna de la democracia -donde aplica la ley, a medias, pero aplica al fin-. En otras palabras, la historia del esfuerzo, de la supervivencia.

Interpelado, me encontré con las puertas de quienes buscaban, en ocasiones, la misma añoranza y, en otras, mundos totalmente diferentes; amistades, sollozos y risas. Entre el silencio y la calma de la Universidad rodeada, en el limbo: naturaleza y urbanismo.

Y, de todo lo que siento, el futuro siempre es certero. Porque entre lágrimas me veo, saliendo de rendir el último final y con mis emociones

en vilo. Sintiendo que todo el valor y el esmero fueron parte, no sólo de mi esfuerzo, sino también del amor certero entre mis compañeros, mi familia, el verde, la niebla; las aves, el tiempo, los colectivos; profesores y textos que cambiaron mi vida para despertar una mañana de otoño sabiendo que la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, hoy y siempre, será parte de un sincero y sempiterno amor guardado en mi identidad.

FINALISTAS



“PASAJE” de Cristina Soria

Quiero contarles que la necesidad de plasmar mi experiencia sobre todas las cosas que atravesaron mi columna al ingresar a la Facultad de Ciencias sociales de la Universidad de Lomas, coinciden literalmente con la intención interpretada del concurso. Son tantas sensaciones encontradas y otras reencontradas, como sentir la misma inseguridad, incertidumbre, alegría y, a la vez, el nacer de todos los miedos que no saben mi edad, mi cultura, mi estado de salud, etc. y que me recuerdan el primer día de clases en el primario, solo que esta vez un detalle importante: no ingresé a la Facultad con zapatos de charol, ni con un portafolio marrón lleno de hebillas, como cuando concurrí en mi primer día escolar, en otros tiempos.

La Facultad era sólo un título, un nombre para mí que, al ingresar se convirtió en una realidad, en un espacio para compartir con los compañe-

ros, los pupitres, el pizarrón y el docente, siendo ellos los que me recordaban que estaba ahí, una más entre otros. Una sensación desorientadora fue no poder comprender por qué mi eje estaba puesto solo en mí, aunque a la par pensaba que sólo necesitaba quedarme y empezar a viajar por ese mundo desconocido, imaginario, donde se suponía que tenía que competir con la sabiduría de los que saben. Como cualquier comienzo empecé como pude. Recuerdo que ese primer día pasaron por el aula los diferentes grupos políticos, defendiendo y explicando condiciones de los estudiantes; también el docente pidió fotocopias que, al momento de decir que las busquemos, salí corriendo del banco para que me den los módulos de estudio. También recuerdo que, al salir de la facultad, me encontraba apurada, desconcertada con muchos teléfonos agendados, datos y mucho papel de estudio. Al llegar a casa fue más difícil todavía porque mantener mi imagen, la de una mujer fuerte y segura me costó mucho y se me veía desdibujada (según mi percepción), muy empobrecida de fuerzas, y ahí llegó lo peor: la familia,

con todas las preguntas: ¿cómo te fue?, ¿cómo es la universidad?, ¿estás cansada? Por un momento pensé que todavía estaba en la universidad, era lo mismo que me preguntaran: ¿qué podemos comer? como ¿cuándo nació San Martín? Sólo pude decir: “Es mucho para mí” En ese “Mí” sentí que sonó a llanto porque todos se quedaron quietos y no hablaron más.

Al poco tiempo de haber traspasado varias cátedras, nació mi sorpresa; podía comprar fotocopias a ritmo, también tomaba café con mis compañeros, entendí las clases, y los profesores comenzaron a visualizarse, ya no eran todos poderosos, sabios, irreales, sino personas que lograron un recorrido educativo, que les permitió poder trabajar y transmitir sus conocimientos, las y los compañeros comenzaron a tener un nombre y los espacios de la facultad no fueron siempre para estudiar, sino que hubo momentos de mucha diversión, de relajamiento y de esos encuentros inesperados, que son los que no se computan con el reloj, sino con la unión de diferentes vidas e historias irrepetibles. Entre esas historias estaba la mía siempre intercepta-

da entre los chistes, comentarios, inquietudes entendiendo que era una historia tan rica como la de todos mis compañeros Recordé tantas cosas de la infancia, mi primer juventud, la primer carrera que abrió mis ojos al mundo y me inclinó a cambiar, como también entiendo el cambio que estaba provocando esta carrera que camino, a veces con muchos logros competitivos y necesarios y, otras veces, con los fracasos o desilusiones también necesarias para vivir. Porque en lo particular creo que somos historia, que nos comportamos al principio de forma vertical, para luego empezar a integrarnos al mundo horizontal, desde la palabra nosotros, hasta los hechos o actitudes, del compartir, esta transformación que poco se programa, pero se refleja cuando uno deja de decir YO y empieza a decir NOSOTROS.

Quisiera sumar a esta historia, a los otros protagonistas de esta obra, mis compañeros. Una experiencia única, encontré diferentes voces, miradas, risas, que ahora escribiendo me acuerdo y sonrío. Todos fueron especiales para mí; pero

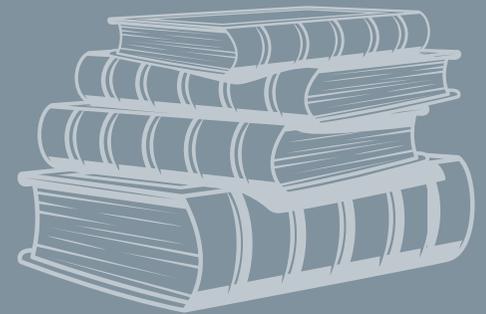
hubo una compañera que me llamó la atención, en ese primer año de la carrera. Recuerdo que su apariencia era de una abuela desprolija, con voz muy silenciosa, pasos lentos y un bolso muy antiguo. Justo se sienta a mi lado. Mi actitud fue integrarla, necesitaba ayudarla, decirle que cuente conmigo; toda esta percepción de mi compañera me distrajo, no escuché nada de lo que decía el profesor. Mis pensamientos se detuvieron en la intriga de poder entender la historia de la supuesta abuela imaginaria que estaba representada en mi mente. Al finalizar la clase me doy cuenta de que no había escrito nada de lo que había dictado el profesor, entonces miré hacia su lado y su hoja estaba toda escrita, prolija y llena de datos; asombrada le pregunto ¿pudiste copiar algo? y me dijo: "Sí, tengo la clase completa. Te la presto" Le pregunté ¿cómo hiciste? y me dijo: "Estoy acostumbrada. Es la segunda carrera que estoy cursando y en Abogacía hay que escribir muy rápido." Además me contó particularidades muy ricas del porque estudiaba.

Pasó el tiempo. Cerca de los dos años la encontré en los pasillos de la universidad y nos abrazamos. La vi tan linda, me impactó la transformación, tanto de su imagen, como de su mirada. No llevaba su cartera vieja, tampoco el pelo desprolijo; entre otras cosas le pregunté cómo iba con sus carreras. Me dijo que estaba muy avanzada con las materias, que se había sorprendido de que podía aprender tanto y que había descubierto la memoria que tenía y la capacidad de comprensión y definición al estudiar. Fue tan humilde en su comentario, que quedó sellado ese momento, al punto tal de comentarlo en esta obra.

Entre todas las experiencias, esta fue puntual: pasar de un pensamiento inmaduro, ingenuo, como el mío al conocer a esta compañera y creer que necesitaba ayuda, a este pensamiento profundo que lo tengo gracias a ella, que responde a que la imagen no siempre es persecutoria de nuestros actos, que hay mucho más y **que entender no es compadecer** y que mirar es mirarse. Entonces ¿qué habré visto de mí en

esa mujer, que la pinté de abuela, para pretender ayudarla?, ¿cuántos prejuicios hay en mí? ¿cuántas necesidades comparten mi alma? Desde ese momento aprendí a **mirar**. Para finalizar, quisiera hablar de lo que implicó literalmente la universidad y, específicamente, la Facultad de Ciencias sociales, no sólo como un edificio hermoso, en el sentido de la amplitud de la reserva ecológica, sus espacios, los pájaros, sus bancos al aire libre, que sirven para compartir el sol con compañeros y compañeras, sino para lo intangible, lo supuesto, lo inesperado, como ser la cantidad de conocimientos a través de la bibliografía leída hasta el día de hoy, vista como eje que atraviesa a la palabra Universidad, pero que desde mi experiencia nace también al decir Facultad, como un lugar de aprendizajes lineales al corazón, a la conciencia, la que provoca ese cambio de mirada al mundo, a ese mundo, que ofrece un universo de posibilidades, que logra proponerte desde la educación un título, inmemorable, deseado, casi sin discusión, pero que tiene su otro costado, su otro recontó, que no se ve en un papel, sino en nuestro cuerpo, en

nuestra forma de actuar, en esa transformación que se refleja en actos diferentes a los de antes de haber recorrido la facultad. Es muy parecido a un nacimiento ya ocurrido, es decir, que entramos a la facultad con una determinada cultura y salimos de ella culturizados.



“EL CURIOSO CASO DE ANTONIO GALIMBERTI” de Darío Rodeiro

Cada alma que haya transitado los pasillos de Sociales, o de cualquier otra Facultad del campus de nuestra Universidad, seguramente tendrá una historia que contar. Y es que, en cierto sentido, la universidad es mucho más que una casa de estudios. Es, en todo caso, el marco de infinitos relatos, reflexiones e ideas que invitan a la curiosidad y al interés por conocer esa realidad y esa fantasía inabarcables que habitan todo el campus. Y a mí, que con curiosidad periodística me gustan las leyendas populares de los pasillos de Sociales, me resultó particularmente interesante la historia de Antonio Galimberti, uno de los primeros inscriptos del año '76.

Por ese entonces, Galimberti ya era un cuarentón, un tipo sombrío y callado, según cuentan, pero un depredador de conocimientos. No paraba de estudiar y participaba en cuanta charla informativa o seminario o curso se ofreciera, por

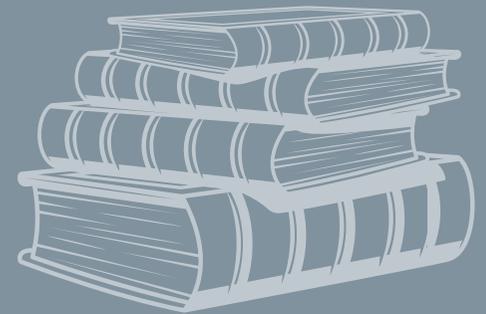
eso no resulta una sorpresa que haya cursado, con mayor o menor éxito, casi todas las materias de casi todas las carreras de todas las facultades. Caminaba sin parar por los pasillos y recorría el campus como un baquiano, atravesando atajos y recovecos para salir de una clase y meterse en otra, antes de ir a un seminario o congreso. Alguna vez, otro alumno le preguntó para qué necesitaba tanto conocimiento y según cuentan, él dijo que solo quería entender y explicar mejor el mundo. No quería reconocimientos y ni ser un sofista, sólo quería saber. Por eso pasó la mayor parte de su vida entre libros, clases, charlas, seminarios, jornadas y cuanta actividad hubiera en el campus de la Universidad. Pero los años pusieron un peso inevitable sobre su espalda: después de jubilarse, mientras cursaba el ciclo superior de la Licenciatura en Periodismo, era común escucharlo renegar de todo lo que había resignado a cambio de tantos años de estudio. Se había convertido en un tipo solitario, abstraído y, sobre todo, resentido consigo mismo por tanto que no había vivido.

Cierta mañana, al salir de una clase, caminaba por los pasillos de Sociales mientras rumiaba aquellas ideas que tanto le molestaban y al llegar a la puerta del aula 106, tuvo que esforzarse por recordar si alguna vez había estado ahí, pero no pudo determinarlo. En la puerta del aula, un cartel invitaba a un seminario llamado “El valor de la juventud” y no muy convencido, suponiendo que asistiría a un bodrio digno del título anunciado, ingresó al aula y se sentó. Apenas advirtió que sería el único asistente y, antes de que pudiera pensar en irse, ingresó al aula un hombre de una altura imponente, con una robustez considerable y una mirada penetrante como nunca antes había visto.

Resultaría obvio contar los pormenores del trato que Mefistófeles le propuso a Antonio, dadas las circunstancias que subyacen a este relato: Juventud a cambio de su alma. Y quizá el lector reclame esa mística que debería envolver este encuentro, pero lamento decirle que no fue más que lo que aquí se cuenta: solo dos hombres, negociando frente a frente.

Al salir del aula 106, Galimberti era nuevamente joven y como estrenando alguna pilcha nueva, fue a lucirse por los pasillos, entusiasmado con todo lo que comportaba esta nueva oportunidad. Al pasar por el aula magna A, se sintió atraído por un debate sobre Espacio Público. Al salir, en el aula magna B, se disertaba sobre Filosofía y Política y pensó que podría ser interesante y se quedó. Al finalizar allí, vio un grupo de estudiantes sentados en la escalera discutiendo sobre Historia y se acercó para colaborar con ellos. Rato después, caminando hacia la salida, se encontró intercambiando opiniones con compañeros del Centro de Estudiantes, sobre políticas universitarias. Y ya se iba, pero recordó que tenía un seminario sobre Periodismo de Investigación y le pareció de mal gusto no ir. Al terminar la jornada, ya era el viejo Galimberti otra vez. En la puerta de salida de la Facultad lo esperaba Mefistófeles para recriminarle lo que había hecho con su nueva juventud. Fue su decisión y Galimberti no lo negó: había vuelto a elegir el conocimiento y el costo había sido rápidamente amortizado. Así, esta alma, una de esas tantas

que pueden contar una historia, está embargada y espera saldar su deuda. Mientras tanto, se lo puede ver a Galimberti por los pasillos de Sociales, algunas veces, advirtiéndole a los ingresantes sobre los riesgos de trepar al árbol del conocimiento.



“MI EXPERIENCIA EN LA FACULTAD”

de Noemí Vázquez do Reis

Desde siempre he tenido un presentimiento, algo no grato sobre la Facultad de Sociales. Al principio era rechazo, pero después...

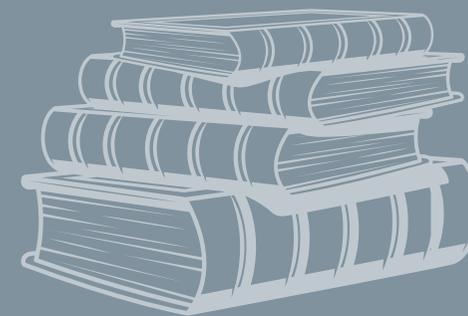
Cuando ingresé parecía otro mundo. A los profesores, si uno les preguntaba, eran amables y explicaban todo. A medida que fui avanzando en la carrera me he topado con toda clase de profesores. Los que son muy malhumorados y no toleran a sus estudiantes, esos me dan ganas de abandonar todo y me hacen odiar la carrera. Y de los que son apasionados en lo que hacen y transmiten ese sentimiento, de estos me enamoro y aún más de sus materias, aunque son de los menos.

Lo que más me disgusta y cada día más, es el horario, tan tarde, tan oscura la noche, tanto frío, tan peligroso todo y tan distante. Los colectivos vienen con menor frecuencia, tengo que correr al tren porque es el último y así un etc. Si pienso

en ello no me dan ganas de volver a la facu.

También me fastidia la falta de derechos que tenemos los estudiantes. Los centros son una mentira, nunca luchan, solo palabras para las elecciones.

Pienso, sueño y deseo (espero no ser tan utópica), que algún día exista en Lomas una Facultad de Humanidades, cuya carrera de Letras sea moderna, con libertad de cátedras y horarios, con profesores comprometidos con enseñar a futuros profesores y con nuevas pedagogías.



“LAS LARVAS SE HICIERON MARIPOSAS”**de Yamila Lencina**

Con dieciocho años uno tiene que tomar esas decisiones que parecen definir de algún modo lo que va a ser del resto de la vida. Siempre creí muy arbitrario que te consideren adulto por la cantidad de cumpleaños y velitas apagadas, más que por tus propias capacidades para hacerte cargo de tu propia vida, de tus deseos y pensamientos. De todos modos eso no importa, se supone que saliste del huevo y las normas sociales así lo dictan.

A esa edad nos autodefinimos “Larvas”. Tal vez por alguno de mis chistes, ya no recuerdo cómo, pero surgió. Amiga, hermana, compañera, compinche, todo eso y más, sabíamos que era sinónimo de larva.

Un estado, una forma de ser no del todo definida que habitaba los días de semana en los pasillos llenos de humo turbio de cigarrillos nerviosos de la Facultad de sociales en los primeros

años del siglo. Universidad pública, peronista, del conurbano; con su aire a campo mezclado con los escapes de los camiones y colectivos de la ruta. Lomas, al fondo, en un cruce de caminos en el que se concilia una avenida con nombre de Papa (Juan XXIII), telos (caros y baratos) y unas cuantas putas a lo lejos...que todo el mundo ve, pero hacemos como si no existieran.

Fines de semana de bares, antros, parques y plazas con mate y esa linda afición de recorrer los cafetines clásicos de Buenos Aires e imaginar que viajábamos un poco en el tiempo o lo deteníamos. Noches en vela estudiando, tardes eternas de apuntes y muchos boletos de trenes, colectivos y subtes de norte a sur, de este a oeste.

Ser “Larvas” implicaba los cambios estructurales y fisiológicos de la metamorfosis, pero nunca lo pensamos. Simplemente creímos que era un estado sin fecha de vencimiento, que terminaría con un título bajo el brazo, una carrera prometedora, viajes y un fulano oficiando de príncipe encantador.

Lo cierto fue que los cambios vinieron sin llamarlos, porque así son las reglas de la naturaleza y pasado un tiempo, todo se modifica porque se transforma en otra cosa o se degrada. El insecto pasa a ser Pupa y luego Adulto.

La última fase de adultez se llama en entomología “Imago” ¿Es curioso no? La misma palabra también significa imagen. En los bichos, todo pareciera ser más fácil, porque no he sabido nunca de un renacuajo que quiso ser mosca o camarón; en cambio, los humanos nunca terminamos de estar conformes con nuestra imagen terminada de “ser desarrollado”.

En algún punto de nuestra metamorfosis rompimos tejidos de formas diferentes. La distancia se midió en tiempo y no en kilómetros; en momentos que nos marcaron y estuvimos presentes a medias.

Fuiste mamá y nunca supe o pude encontrar bien el lugar entre mamaderas, olor a pañales y llanto de bebé. El idioma nos cambió como en la torre de Babel y el silencio pareció la mejor

opción. ¿Error, egoísmo, inmadurez? Tal vez un poco de todo eso o simplemente cruda sinceridad de no saber qué hacer tampoco con mi vida. La facultad nos quedó demasiado lejos en el tiempo.

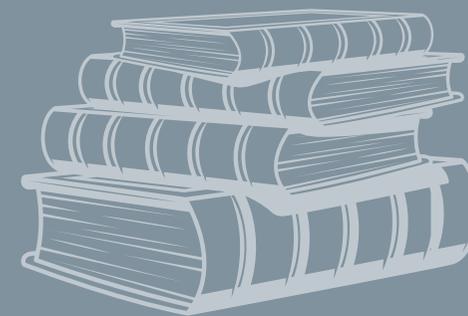
Lo cierto es que a los dieciocho no decidí mi vida, solo elegí una carrera equivocada y cometí algunos cuantos errores, aunque no los suficientes para aprender. Me costó saber que soy más de las personas que aprenden haciendo y equivocándose que de los que hacen “bien” desde la primera vez que se lo proponen.

La metamorfosis fue diferente, pero cada una construyó su propia forma de mujer. Ni en tus ojos ni en los míos existen más las larvas. Somos lo que decidimos ser: lo que elegimos y a lo que le dijimos que no; los miedos que atravesamos y los que todavía tenemos; las veces que nos dejamos vencer y las que nos levantamos; las frustraciones y los aciertos...

En definitiva, es momento de dejar ir lo que queda de oruga y echar las alas a planear a to-

dos esos sueños y proyectos nuevos. Y no porque el objetivo sea “triunfar”, sino porque el destino de las mariposas es VOLAR. Y el destino de las grandes amistades es hacerse eternas y evolucionar a través del tiempo.

Aquí estamos, tenemos una amistad que no es perfecta, ni correcta, pero es tan real como todo lo que está bien y está mal. Es tan real como aquel primer día de facultad que nos cambió la vida y siempre será parte de lo que somos.



“¿Y POR QUÉ NO?”**de Verónica Barcala**

¿Y por qué no? La pregunta merodeaba mis pensamientos desde hacía bastante tiempo. Tal vez fue la situación de la pandemia que, como una bajamar, permitió rever proyectos inundados por ese mar de la cotidianeidad, sumergidos en lo profundo del postergar y las obligaciones. Tal vez fue darse cuenta de la finitud de nuestros días y de lo repentino de los males.

A lo largo de estos años, lejano mi ingreso veinteañero allá por 1987, se mantuvo casi intacto ese orgullo universitario de haber pertenecido, del “ser de Sociales”. Recuerdos de esas primeras cursadas en blancas mañanas de invierno en mi ingreso, cuando solo el edificio junto a Económicas reinaba el paisaje; el cafecito en el buffet, los sábados cursando en el Auditorium, compañeros que pasaron, noches de mate y estudio preparando los finales, el caminito al costado de la calle para llegar a la parada casi

corriendo a la salida del turno noche. Tantas sensaciones acumuladas en esos años estudiantiles y un bagaje de aprendizajes que me acompañó en mi crecimiento profesional como docente, aunque no haya logrado el título. Cátedras que han quedado marcadas a fuego por la excelencia de sus profesores y un cúmulo de materias en la libreta azul.

Luego la vida, vicisitudes, traspies, nuevos comienzos me alejaron de estas aulas...una asignatura pendiente que nunca fue olvidada a pesar que las hojas de la libretita se fueron volviendo amarillentas.

Y llegó ese día en que la idea surgió con toda su fuerza y la decisión fue terminante: volver.

Un nuevo modelo de cursada, la virtualidad, fue la puerta de entrada al asombro de que permanecía intacta en mí esa avidez por el conocimiento. Hoy tras 30 años, vuelvo a recorrer estos pasillos, una nueva carrera, nuevas metas. Y me encuentro rodeada de jóvenes sueños, en esta Facultad la misma de ayer y tan distinta. Una mejorada

infraestructura en sus 50 años de historia pero sobre todo sus puertas abiertas. Y encuentro nuevos espacios y mucha participación de la comunidad estudiantil como no había visto antes y lo que más me maravilla es” la posibilidad”, los logros para la inclusión y para alcanzar la terminalidad para aquellos que sueñan como yo con un título que nos lleve a construir un futuro mejor. Nunca es tarde para hacer, para crear, para comprometerse. Como las personas, las instituciones sabrán mantenerse jóvenes si se encuentran dispuestas al cambio, al crecimiento constante, a lo nuevo, nunca está todo aprendido, es una construcción permanente. Algo así como yo, encaminada hacia una meta antigua y nueva a la vez, y con el anhelo de lograr decir por fin y con orgullo “Soy Licenciada egresada de Sociales de la Universidad de Lomas”.

“BIENVENIDOS AL DESFILE UNIVERSITARIO” de Candela Gelabert

La lluvia fría del conurbano cae del otro lado de la ventana.

Con los pies fríos, la nariz dolorida, me siento en la oscuridad únicamente con mis pensamientos como compañía y me pregunto, ¿se habrá cortado la luz? ¿Y mis compañeros?

Una de las mayores sorpresas que me tenía preparada la educación universitaria se relacionaba con lo relativo del tiempo y de la compañía. Mientras yo me esforzaba en ser puntual, resulta que eran los demás quienes estaban adelantados; la secundaria te enseña a tomarte en serio los estudios, pero nadie te enseña a valorar todo lo demás que viene con el conocimiento.

Cuando me anoté en una carrera universitaria, sabía que iba a incluir numerosas horas de estudios, algunas lágrimas, posiblemente heladas a las 10 de la noche cuando saliera de la facultad

y muchísimo miedo. Lo único que yo veía en el futuro cercano era el miedo, la idea de pasarme las clases sentada sola, sin tener a quién preguntarle las dudas, con profesores que en mi cabeza se desarrollaban como monstruos mitológicos esperando la más mínima muestra de duda para saltar a la yugular.

Lo que no esperaba era encontrar una comunidad. Lo que no esperaba era tener profesores que te preguntan si estás bien cuando llegás tarde a clase, no me esperaba profesoras denunciando el machismo de autores antiguos y clases enteras murmurando su aprobación como si no existiera en el mundo duda alguna sobre lo dañino que es el efecto del machismo en la sociedad.

Hay muchas ideas que giran en torno a lo que uno cree que es una licenciatura en Letras. La gente menciona mucha lectura, menciona homosexualidad, menciona socialismo, intelectualismo, snobismo, mayormente futuro desempleo. ¿Es cierto? Siempre sí. No es difícil armar un bingo del estudiante de Letras y cantar línea

al menos 5 veces en cada aula.

Nunca leí tanto como leo desde que estoy estudiando pero, también, nunca disfruté tanto la lectura. Nunca pude afirmar que tenía tanto conocimiento guardado sobre los temas que me gusta discutir como puedo afirmar ahora y uno de los temas que más me gusta comentar es el de los estereotipos. Barthes habla del continente perdido para explicar que, si se muestra a través de un filtro una sola de las facetas de algo, es fácil crear una imagen mental que se imagine cómo es el resto de ese objeto (una sociedad, una persona, un grupo, un lugar). Esa realidad construida, basada en una sola imagen distorsionada, crea una realidad limitada y, en la mayoría de los casos, errónea.

Si alguien se detiene en la puerta de la universidad y mira para adentro, puede ver un lado de las cosas. Sin embargo, estaría en un error si se convence a sí mismo de que con esa visión es suficiente para afirmar que ya conoce el día a día de un estudiante universitario.

¿Cómo podría aspirar a entender a un estudiante sin escuchar los audios de Whatsapp a las 4 de la mañana intercambiando interpretaciones de un libro, sin ver los grupos de ayuda donde resúmenes de estudiantes que nadie conoce circulan de mano a mano?

El estudiante de Letras es muchas cosas. Es inteligente, es intelectual, es un poco raro. Pero nadie podía prepararme para esta otra faceta que conocí cuando, en lugar de pararme en la puerta de la universidad, me paré del lado de adentro: el estudiante de Letras no está sólo. Si el estudiante avanza, hace todo lo posible para no hacerlo solo.



“UNA MOCHILA MOJADA”

de Sofía Verdes

Los últimos días de marzo traen las primeras lluvias del otoño. Salí temprano de la clase en las aulas magnas y caminé hacia la Facultad de Sociales. La humedad del ambiente era incómoda, pero soportable y el campus estaba cubierto por un manto gris, casi negro.

A mi amiga Diana la conocí un mes antes, en el curso de ingreso, pero desde el día número uno conectamos tan bien como si hubiéramos sido amigas de toda la vida. Nos dirigíamos al centro de estudiantes para anillar los primeros módulos del cuatrimestre mientras decidíamos qué hacer a continuación. Le comenté que ya tenía las planillas para la inscripción definitiva y me respondió que ella todavía no las había completado, pero que me acompañaría a entregarlas. Siempre me acompaña en todo.

Entregué la propina en el recipiente que está sobre la mesa y nos dirigimos hacia la salida

trasera. Sin embargo, nada más llegar, notamos que había empezado a llover. Ninguna de las dos tenía paraguas ni tampoco campera impermeable, pero pensamos que las gotas no eran gruesas y que el recorrido hacia el Rectorado no era muy largo. Además, tampoco hacía frío, una llovizna no le hace mal a nadie.

Así que tomamos el camino hacia las aulas magnas y rodeamos el edificio por la senda paralela que conducía al Rectorado. Nuestro andar era tranquilo, hablábamos de las materias, de la familia y de nuestras parejas y nos reíamos de nuestras ocurrencias.

Para cuando llegamos a destino, estábamos un poco mojadas y el aire acondicionado me golpeó en el cuerpo más fuerte de lo normal. En la recepción me indicaron la oficina en donde se entregaban las planillas. El trámite no duró mucho; no obstante, al salir del edificio nos dio la impresión de que el caudal de lluvia había aumentado.

Volvimos por el mismo camino con idénticas energías y el paso sosegado de antes. Pero en

la mitad del recorrido comenzamos a notar que nuestras ropas estaban empapadas. Al entrar de nuevo en la facultad una compañera notó lo insólito de nuestro estado y mostró una gran expresión de asombro. No exagero al decir que mi *jean* azul claro había cambiado a un tono más oscuro.

Pero el colmo fue cuando abrí la mochila, también mojada, para tomar mi celular. La parte superior de mi cuaderno estaba empapada y algunos sectores de la tapa se habían desprendido del anillado. Desde ese momento y por todo aquel año, las hojas del cuaderno tuvieron un dibujo de agua en la parte superior.

Diana y yo caminamos por el campus, esta vez en un recorrido más largo, hasta llegar a las paradas de colectivos. Decidimos volver a casa en ese mismo momento porque ya no importaba la lluvia, era imposible mojarnos más. Y mientras nos reíamos de nuestro estado, hice una nota mental sobre la necesidad de comprar un paraguas y una mochila de cuero ecológico, puesto que una de tela no era la mejor opción para días como esos. Y una mochila mojada no beneficia a nadie.

“MI CUERPO DEL FINAL” de Gustavo Chiachio

Me desperté a las siete de la mañana sin ningún sentido. Fue abrir los ojos y darme cuenta de que aún estaba oscuro. Los ojos me pesaban. Con el cuerpo dolido de haber estado tantas horas sentado, me levanté. Un tanto aturdido contemplaba el escenario que fui construyendo en tres meses de estudiar sin parar. La gran meta estaba a muy poco, rendir mi último final. Las paredes de la habitación se convirtieron en la prolongación de mi memoria. Cuadros sinópticos, frases resaltadas y flechas que unían varios autores. Todo sobre papeles de distintos colores pegados a la pared. Contemplaba el panorama de libros boca abajo y hojas fotocopiadas en el suelo. Fueron tres meses en donde la única rutina fue estudiar. Fui impermeable a otras actividades; nada de amigos, ni amores, ni nada que me corriera del objetivo. Todo me resultaba indiferente. Tres meses bastaron para que crezcan el pelo y mi barba de manera desprolija. El resto

del cuerpo en general, estaba un tanto complicado; la cintura me pedía hacer alguna actividad más que sentarse, la espalda se sumaba a los reclamos y las cervicales exigían otra vida. Igual, seguía en ese estado de aislamiento y concentración. Por las mañanas el mate acompañaba hasta el mediodía en donde algo sólido aparecía; un sándwich, unas empanadas de pollo o alguna pizza. Algo práctico y sencillo que se pueda comer con la mano.

A una semana de la mesa, dos amigos golpearon la puerta. No los veía desde que había empezado con la nueva rutina. Abrí la puerta y se me quedaron mirando. Mi aspecto los detuvo y no avanzaban. Les pedí que entraran que hacía frío. Los muchachos querían saber cómo estaba, por qué no estaba jugando a la pelota, que los había dejado en el campeonato de fútbol cinco y que tuvieron que buscar otro arquero. Una serie de reclamos atendibles, pero que poco podía escuchar. Se quedaron por media hora que para mí fueron tres. Estábamos en distinta sintonía, pero todos entendíamos la situación. Nos dimos

un abrazo y me desearon suerte. Se fueron y a seguir con lo planificado.

A dos días para el final, sentía mi mente en blanco. No recordaba nada de lo leído. Entré en pánico y tuve miedo ¿Qué haría si me iba mal? ¿Pasaría nuevamente por toda esta locura? Caminaba por la casa y no podía recordar nada de lo que había estudiado. Me senté en el sillón a escuchar al flaco Spinetta, mientras esperaba la vuelta de los autores por mi cabeza. Aproveché para mirar el desorden de la casa y pensar ¿En qué lugar se escondieron las ideas? No tuve respuesta hasta la mañana del día del final.

La mesa era a las seis de la tarde, pero desperté a las nueve de la mañana. Me hubiese gustado hacerlo mucho más tarde. Eso no lo pude controlar. Seguía paseando por la pieza. De los papeles afiche color amarillo de la unidad uno a los rojos de la unidad seis y última unidad. A las tres de la tarde la panza empezó con malestares. El baño quedaba cerca. El cuerpo me enviaba señales. Estaba a pocas horas de rendir. Tomé un té oscuro, dos galletitas y salí para la

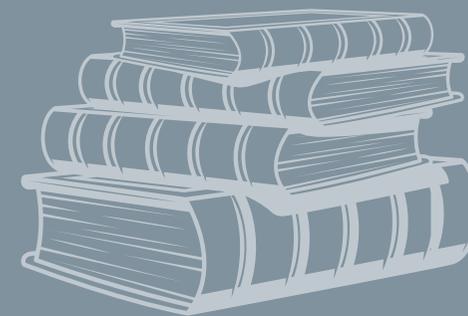
facultad. Subí al colectivo; estaba lleno, con muchos chicos con mochilas y a los gritos. En todo el recorrido nunca me pude sentar y los males-tares estomacales seguían. Minutos antes de las seis bajé del colectivo y fui al aula. Un grupo de compañeras ya se habían anotado en una hoja y mi número de orden era el doce. Me senté en el piso del pasillo a esperar.

Puntualmente comenzaron a llamar. A la hora suena mi apellido, mi estómago seguía igual, pero con tendencia a empeorar, mis manos comenzaban a transpirar. Me senté, saludé y presenté la libreta. Las profesoras me buscaron en el acta y allí estaba. Una de ellas me dijo:

–Sólo te haremos una pregunta, si la sabés te vas aprobado. Si no, te vemos en diciembre. Hablanos de la Teoría Socio-Histórica.

–La sabía.

Mi corazón empezó a galopar y lentamente la boca perdía saliva. No paraba de hablar. Todo mi cuerpo estaba complicado. Una mezcla de felicidad y cansancio. Me pararon con un gesto manual. Listo, ya está ¡Felicitaciones, Licenciado! Salí del aula y mis compañeras me preguntaban ¿Cómo te fue? No podía responder, sólo podía sonreír. Caminé por el pasillo para tomar aire. Las manos se secaron, el estómago quedó quieto y el corazón se tranquilizó. Y pensé, ¿... ahora, cómo sigue esto?



“NUNCA SE SABE” de Marcela Nicolazzo

Solemos decir “nunca se sabe” cuando queremos dejar la puerta abierta para el acontecimiento, para esperar aquello que deseamos, aunque parezca imposible. Como una paradoja entre la evidencia y la esperanza. Hay cierto encanto encerrado en esa frase.

Nunca se sabe cuándo algo o alguien pasará de largo por tu vida o te llevará a un cambio de planes.

Nunca se sabe. Hasta que lo sabés.

En 1986 comenzaba mi carrera en el entonces nuevo edificio de la Facultad de Ciencias Sociales, en el cruce de Lomas. Recuerdo que cada día de cursada llevaba en mi mochila todo lo necesario para afrontar la supervivencia de la jornada, en un territorio sin comercios cercanos, ni comedor, ni paradas “amigables” de colectivos, ni casi nada. Casi nada. Pero ese “casi” ha-

cía la diferencia: quería estar allí, sentía que esa facultad me invitaba. Pasaban cosas que valían la pena, desde las materias que me revelaban mundos desconocidos hasta la experiencia de la militancia política.

Todo eso fue crucial en mi formación. Pero hubo un momento, un texto, una oportunidad, que puso su firma indeleble. En una de las cátedras (que desearía recordar), una noche que podría haber sido como cualquier otra, un docente nos acercó un artículo que no había sido escrito desde el campo de la educación: “Qué hacemos con lo que sabemos”, de Eduardo “Tato” Pavlovsky.

Después de esa lectura ya no fui la misma, ya no hice ni quise lo mismo. Desde aquel día, la pregunta por la responsabilidad ética de los intelectuales en América Latina no me suelta, la siento no solo como una bandera, sino como un perro mordíendome los tobillos.

Nunca se sabe, insisto. O no se sabe del todo. Porque hay políticas del saber y del no saber.

Pero, a veces, quizás solo a veces, tenemos la

oportunidad de saber, saber algo diferente, algo que nos con-mueve. El saber, entendido así, como oportunidad, aloja un compromiso ético, una responsabilidad con otras y otros. Y sin ninguna duda, al menos para mí, supone una buena dosis de coraje.

Nunca se sabe. Pero cuando sabemos, ¿qué hacemos? ¿Decir? ¿Poner en común? ¿Denunciar? ¿Proponer? ¿Disputar? ¿Hacer memoria? ¿Organizarnos? Porque la fórmula saber – poder es más compleja de lo que solemos repetir. Aprendí sobre la marcha otra relación: saber = ética = coraje.

En definitiva, y contradiciendo todas las promesas académicas, confirmo: nunca se sabe.

Pero gracias a aquel texto del Tato, cuando me doy cuenta de que sé algo, esas pocas veces en las que sé algo, la mordida en los tobillos me sacude.

Para no olvidar qué hacer. Para no olvidar.

“MI ANSIEDAD Y YO EMPEZAMOS EL CICLO” **de María Guadalupe Jiménez**

Tenía mucho miedo de participar en este concurso, pero hoy me animé, encontré la propuesta un par de veces y me tentó en todas; pero hoy me decidí. No sé exactamente que quiero compartir, ya que amigos casi no tengo dentro de la “uni”; sólo soy yo y mis pensamientos. Así que quiero compartirles algo, quizá muy íntimo, pero que de alguna manera quiero expresar.

En el comienzo, con el curso de ingreso, me sentía muy emocionada, entusiasmada, con ganas de empezar de cero en algo que me gusta. Y fue poca la emoción que a los días comencé a sentir miedo. Ya no quería hablar o hacer grupos. Quizá para muchos suene algo “tonto”, pero me acuerdo desde cuando pasó; quise hablar, responder algo. Lo hice, pero a poca voz y, claro, no se escuchó. A lo que alguien cerca mío repite lo mismo a una voz mucho más audible. Le tomaron su respuesta y yo me sentí tonta. Sentí que

mi voz no valía. Claro, no era culpa de nadie, sólo no me escucharon. Pero mi mente se empeñó en decir mentiras, que claro, me creí. Así poco a poco me sentía más sola, no hacía amigos por miedo a sentirme tonta de nuevo o no respondía a nada que fuera sin obligación. Pasó y aprobé el curso.

En mi comienzo nuevamente, había cambiado de turno. Pensé que estaría más entusiasmada, pero ya eso no pasó. Mi mente no paraba de decirme que no iba a poder, con los días se me hizo más difícil seguir sin hablar con nadie, quería, de verdad quería. Pero sentía un miedo horrible. Incluso llegué al punto de llorar en una clase de filosofía y tener que irme por miedo a que me vean. Quizá esto es demasiado triste para un concurso. Pero creo que quizás no soy la única persona que esté pasando por algo similar. Es muy difícil para mí mantener el enfoque en lo que quiero. Y va de cosas mínimas a cosas gigantes. Me cuesta salir de la cama para ir a cualquier lado. Pero aún así insisto. Insisto porque quiero, quiero poder algún día hablar con alguien, tener

amigos, tomar mates con ellos, tener anécdotas que contar y quizá con suerte, en otro concurso pueda narrarles algo más bonito.

Aunque destaco acá, a alguien que me habló, alguien con quien hice el ingreso. No somos “amigos”, pero los últimos días, hasta hoy, me hace los días más livianos. Quizá no tenga demasiado que aportar, pero esta persona, incluso sin saberlo, está siendo para mí un muy gran apoyo. Y se merece todo mi agradecimiento.

En fin, creo que mi corta experiencia no fue la mejor, pero quiero intentarlo, de acá a lo que me quedé en esta uni, poder sacarle el máximo provecho.

**“BODAS DE ORO”
de Graciela Chillon**

Octubre, 2022

Querida UNLZ:

¡Felices 50!, ¡Bodas de Oro! ¡Oro!, sí, así, todo lo que se vive con vos es de oro. ¡Gracias!

¿Sabes? Hace 40 años que comencé mi carrera universitaria y digo “comencé” porque aún sigo estudiando, en UNITE desde hace casi tres años. Me abriste las puertas y no las cerraste más. No sabés el miedo que tenía ese primer encuentro con vos a pesar de que me llevaba todo el mundo por delante. ¡A esa edad! Sin embargo, ahora, debía experimentar sola, sin estar de la mano de mamá y papá como el primer día de clase de la escuela. Varios edificios y cada uno, imponente; un universo distinto, inmenso, con horarios y reglas nuevas a los que debía acostumbrarme y, sobre todo, caminando sola. Siempre fui a colegio de monjas como se solía, en esa época, mandar a las niñas y me llamaban Graciela. Ahora, fui libreta universitaria número y para los

exámenes, se decía mi apellido.

En ese momento, primero estaban mis sueños, mis proyectos, que muy bien acompañaste. Idealicé mi carrera, aún durante los estudios, la amé, la amo. Una vez recibida, sin título oficial en mano -tardó dos años y medio en serme entregado- el ejercicio de mi profesión me hizo ver la realidad: momentos ideales y otros, no. Luego, me ayudaste a perfeccionarme y crecer con otra carrera, especializaciones y demás. Siempre, me acompañaste y encaminaste. Mas, ahora bien, yendo a los estudios en tu útero, estos no solo abrieron un camino vocacional, sino un mundo nuevo imposible de conocer entero, pero sí, cómo caminar en él y buscar otros horizontes. Fue impulsado por eminencias, profesores que ofrecen constantemente conocimientos y experiencias, consejos y modelos. Supiste y sabes albergar no solo sabiduría, sino profesionales de gran calibre.

¡Che!, no sabes cómo me divertí. Si ese barcito universitario hablara o el parque... ¡Nooo!, ¡cuántos secretos revelarían! Nos juntábamos antes

de los exámenes por varias horas a estudiar y -lógicamente- a contarnos cosas, mientras descargábamos los nervios entre mate y mate, café, té o gaseosa, dependiendo del clima -el alcohol para festejar y encuentros caseros- y alguna otra cosa masticable. El jardín, además, fue confidente, amante, cama, mesa. En las aulas, hicimos compañeros temporales, amigos, alumnos y maestros: fuimos escuchados y callados, criticamos, discutimos, aceptamos; armamos grupos de estudios: estudiamos y engrupimos.

¡¿Qué más te puedo decir?! No hay palabras que una amiga no sepa descifrar. Nuevamente: ¡Feliz cumple! Brindamos otra vez juntas: ¡salud!, como ya lo hicimos en cada uno de mi final de camino por lo que te vuelvo a decir: ¡gracias, amiga! Y, nuevamente, ¡graciaaaaaas! Aún estás a mi lado, me acompañás.

Te quiero

Libreta número...



“UN LUGAR MARAVILLOSO”

de Federico Fariña

Querida madre:

¿En qué momento de su hermoso y placentero día, habré interrumpido su calma con estas palabras? Como le prometí a usted, aquí me encuentro con la pluma en la mano; a pesar de tanto esfuerzo que me ha costado, no por la obligación de acercarle mis noticias, sino por la angustia que produce traer a mis pensamientos su presencia. La falta de su cariño me genera demasiada nostalgia y se torna imposible redactar esta carta con normalidad. Pero no quiero extenderme más en esto que podría preocuparla, ya que mi estado de ánimo está en su máximo esplendor. Quisiera contarle un poco sobre un lugar extraño, ¡más que extraño!, es algo así como fantástico, irreal y, a veces, tan placentero que no me dan ganas de volver a mi departamento.

¿Recuerda usted aquellos campos hermosos?

Con árboles frondosos agrupados en los rincones más frescos de la pradera, con el pasto verde y rasante, que parecía cortado prolijamente por algún jardinero obsesivo. ¡Esos que vimos en el norte!, cuando fuimos de vacaciones. Algo parecido veo todos los días en ese lugar. El verdoso césped y árboles tupidos que dan frescura y sombra en días de verano y que, llegado el crudo invierno, se desnudan dejando que el sol pase a través de sus ramas llevando calor y luz a la tierra.

Al fondo se ve un enorme castillo, de color gris, con unos ventanales gigantes que dan a varios lados de su estructura. Algunas pequeñas ventanas se mezclan entre el cemento y las paredes grisáceas que, junto a su ornamentada entrada, terminan de dibujar su forma. ¡Si pudiera sentir usted, lo que produce entrar en este lugar! Un hermoso cantero con flores descansa en el hall central, adornado con bellos bordes de cerámica. Es infinita la cantidad de puertas que hay, por donde se mire, una de estas se abre y se cierra a cada segundo, dejando pasar y salir a unas agradables y extrañas personas que habitan el

castillo. Subiendo y bajando las escaleras, se las puede ver y escuchar hablando entre ellas, algunas están tranquilas y solitarias; otras, exaltadas por alguna razón.

También van en grupos y, en algunas ocasiones, se las puede ver aconsejando y tratando de convencer a otras acerca de sus ideas y, a veces, intercambian historias de sus aventuras. Llevan en sus brazos libros y lápices, algunas van cargadas con mochilas y bolsos. Ninguna viste de igual manera que la otra, si embargo se puede sentir en ellas un calor que emana desde su interior, algo que llaman esperanza.

Las escaleras que transportan a estas curiosas personas llevan a todos los puntos del castillo, donde cada salón lleva en su puerta, un número. Y aquí es donde sucede lo increíble, en cada salón habita una de ellas, que se encuentra un escalón más arriba en su, por así decirlo, escala social. En simples palabras, sería para darle un ejemplo, como el abuelo o la abuela. Es la que protege el lugar, poseedora de una sabiduría y amabilidad que enternece el alma más dura y

difícil de controlar. Todos estos lugares son diferentes, como pequeños mundos, es maravilloso. En cada uno todo es distinto, el clima, las cosas, su olor. Algunos te llevan a otra época de nuestra historia; otros, traen al presente personas que ya no existen, que nos brindan y comparten los conocimientos más profundos de la humanidad. Todo es producto de la asombrosa magia de la que es poseedora el curioso ser que custodia el salón. ¡Cuánto disfruto su presencia y sus palabras! Unos reconfortantes asientos distribuidos desordenadamente por toda la sala, se llenan de estos curiosos seres abarrotando el lugar; donde nadie se quiere perder estos encuentros, tan llenos de amor y sabiduría.

Aquí es donde vengo todos los días mamá. Aquí es donde trato de abrir mi mente, aquí, es donde mi alma se libera. Todo lo que busco se encuentra en este sitio, solamente me falta usted. Mi camino forjaré a costas de su presencia. La busco en cada salón, en cada sabio, en cada uno de estos agradables seres. Las tardes enteras seguiré mirando por sus ventanales gigantes, tra-

tando de hallarla en este hermoso lugar, al que estas curiosas personitas llaman... Universidad.

Con amor y cariño

Federico



“LAS DOS ALIANZAS”

de Rocío Hernández Narbona

El aula magna de la Facultad de Ciencias Sociales desbordaba de gente. Habían pasado diez años que pesaban como siglos. Conteniendo las emociones que me embargaban, me senté junto a mis colegas y comenzamos con la presentación. Fue una conferencia hermosa donde nos homenajearon por nuestro trabajo. Nos habían premiado en el exterior varias veces, pero el reconocimiento de casa tenía el sabor más dulce. Mis compañeros se fueron enseguida, decidí tomar un café en el buffet. Era nuestro lugar especial, allí inauguramos nuestra cábala para aprobar materias: la primera clase íbamos más temprano, nos quedábamos horas tomando café con medialunas, cambiando al mundo de mil formas, soñando con esto que hoy ya era una realidad. Absorta en mis recuerdos, no escuché su voz hasta que me tocó el hombro.

-Profesora, ¿la puedo acompañar?

-Perdón, no te había escuchado. Claro que sí, le dije.

Se sentó a mi lado. Era una muchacha de unos 25 años de una belleza casi violenta. Con un rostro así, uno nunca pediría permiso para nada pensé. Colorada, con el pelo cortísimo, dueña de unos ojos verde oliva y unas mejillas desbordadas de pecas. Parecía que había salido de algún relato de Tolkien, un elfo gracioso o una ondina reencarnada. Tengo la mala costumbre de ir emparentando gente con personajes literarios, vicio que a Clara le encantaba, sobre todo cuando no estábamos de acuerdo y peleábamos acaloradamente por eso. Nunca peleamos por plata, por celos, por cosas mundanas. Nuestras discusiones eran de lo más ridículas y creo que eso es lo que más extraño de ella.

-Es un placer conocerla -dijo la muchacha- admiro muchísimo su trabajo. Mi nombre es Ana. Mucho gusto.

-El gusto es mío, Ana.

Tomamos un café y me ofreció un cigarrillo. Ha-

cía muchos años que no fumaba, pero esta tarde necesitaba imperiosamente del alivio de la nicotina. Las noches lomenses tienen un cierto encanto narcótico, como si el sonido de los grillos emulase el canto de las sirenas y de pronto, pobre mortal, te arrojás por la borda y te entregás a su canto.

-¿Te puedo hacer una pregunta?, dijo la muchacha. Veo que tenés dos alianzas. ¿Estás casada?

-Sí, bueno; no. Soy viuda.

-Perdón. No sabía, te pido mil disculpas. A veces me excedo con mis preguntas. ¡Qué tonta!, ¿cómo no lo pensé? Te pido que me perdones por favor.

-Tranquila, no hay nada que perdonar. Además, le habrías caído muy bien. ¿Cómo era ella? -me preguntó Ana.

Esa fue la invitación a revelar mi intimidad, lentamente fui levantando las miguitas de recuerdos que poblaban mi memoria. Ella era como

una tormenta de verano, esa que te cala los huesos de improviso un dos de enero. No hay manera de evitarla, pero una vez ahí, empapada, desvalida, completamente desarmada, te das cuenta de que si ella está con vos nunca estarás sola. Nos conocimos acá, cursábamos Literatura argentina con Rubione; atesoro en mi memoria la voz de Alfredo como esos regalos de Navidad que siempre guardamos en algún baúl y que, de tanto en tanto, sacamos para tantear si fue real o fue un sueño. La clase era sobre Borges y Cortázar y de la mano de Rubione te aseguro que era un viaje maravilloso. Ana escuchaba embelesada la narración de mi propia vida, algo que de no ser por el canto de las sirenas de Lomas jamás hubiera contado. En un momento de la clase. Alfredo nos puso en una disyuntiva: si tuviesen que elegir un escritor, a quien escogerían ¿Borges o Cortázar? Usted, señorita, dijo mirándome. Le contesté sin titubear. Borges. Alfredo esbozó una gran sonrisa, ¡qué curioso!, dijo, las muchachas siempre eligen a Cortázar. Debe ser porque era bastante buen mozo. Me gusta su seguridad señorita, de joven yo estaba

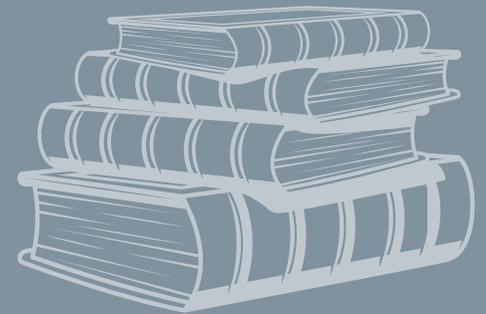
encantado con Cortázar, hoy coincidido con usted. También me quedo con el viejo Borges. En ese momento, desde el fondo del aula se escuchó una voz.

-Yo prefiero a Julio. Me di vuelta y allí estaba ella, vestida con su sonrisa. Desde ese día nunca más nos separamos. Esto te va a parecer gracioso. Cuando nos fuimos a vivir juntas, cada una trajo a su gato: Clara a Borges y yo a Julio. Al final los reunimos bajo el mismo techo. Cuando Clara murió, Julio se fue con ella. Borges se quedó a consolarme.

Ahora entiendo por qué usas dos alianzas me dijo Ana. Es muy lindo que la lleves a todas partes. Muchas gracias le contesté con lágrimas en los ojos.

Me despedí de la chica ondina y volví a casa. Recordé sus palabras "es muy lindo que la lleves a todas partes". Por primera vez, después de mucho tiempo me pude dormir sin llorar.

A todas partes...



“LA MUERTE, LA VIDA Y EL PROFESOR DE ECONOMÍA” de Sergio Samaniego

Un día, un joven estudiante de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, más precisamente de la Facultad de Sociales, iba camino a la misma, como cada día que le tocaba cursar. Pero, no era un día más, ni un día común para él. Eran los comienzos del segundo año de la Tecnicatura en Minoridad y familia. Y aunque estuvo estudiando, como pudo, de la manera que le salía, dentro de su alma, su corazón y su mente, no sólo estaba absorbiendo temas de la materia que se aproximaba a rendir (Economía) en una de las aulas magnas. También, a su vez, era absorbido por el dolor, las heridas y la melancolía. Traía consigo, la angustia y los recuerdos de su amado hijo Natanael, que no había llegado al año y que trágicamente murió por una enfermedad rara llamada Menkes hacía unos meses atrás. Y que nada de lo que humanamente hizo, pudo salvarlo o, al menos, darle esos sólo 5 días que faltaban para poder festejar ese tan ansiado

año que venían preparando junto con toda su familia.

¿Cómo alguien con tanto dolor oprimiendo sus entrañas, podía todavía seguir estudiando y más aún, yendo a rendir una materia? Es algo que aquel joven llamado Sergio se preguntaba con los ojos llorosos y destruidos, el alma y el corazón que presionaban como queriendo salir y que nada ni nadie podía contener hasta ese momento.

Y claro, que ese mismo día de una manera inerte y sin saber qué hacía ni porqué, se presentó a rendir Economía con aquel profesor alto, gentil y que siempre, a pesar de todo, a todos sus alumnos y alumnas les robaba una sonrisa. ¿Y cómo no hacerlo? Con sus increíbles anécdotas, que todos y todas ansiosamente esperaban.

Llegó el momento de rendir y ahí estaba Sergio, entre una parte de su vida que hacía unos meses atrás se le fue de sus manos y la otra parte que le quedaba. Estaba ahí. Sentado. Como flotando en un mundo paralelo, en el que cada

cosa que hacía o dijera daba lo mismo. Terminó el examen y como una señal de su mundo paralelo, lo reprobó, algo que naturalmente sabía y esperaba. Era su señal que le confirmaba que debía abandonar y dejar que ese dolor pueda seguir su curso y dejar de lado todo lo que hasta ese momento amaba. Sus vínculos, sus estudios, sus gustos y todo lo que antes de la muerte de su hijo le daba felicidad.

Pero, algo sucedió, como un ángel caído del cielo, en el preciso momento, dónde Sergio era mendigo de alguna palabra de vida, de esperanza, esa palabra que aún en su propia familia no pudo encontrar, con su profesor la había hallado. Ahí estaba, frente a Sergio dándole la noticia, primero, de haber reprobado su examen y, segundo, también de darle unas palabras reconfortantes ya que sabía lo que Sergio había vivido meses atrás con su hijo Natanael. Fueron palabras muy alentadoras, precisas y justas, que uno piensa que sólo la puede dar una madre, un padre o de ese alguien que más se espera. En este caso no, él la encontró en su profesor de

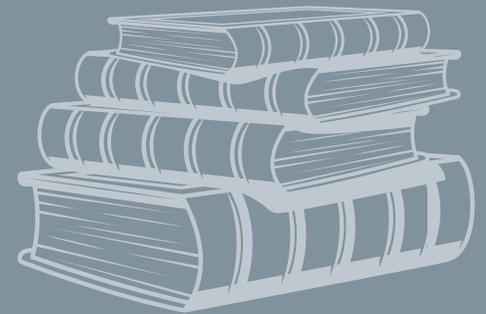
Economía. Y vio en él ese referente de padre que siempre anheló y jamás tuvo, aún teniendo un padre biológico el cual lo abandonó cuando era muy pequeño y su padre de crianza que lo único que siempre le transmitió y dio, fue violencia física y psicológica. Fue en aquel profesor, que pudo escuchar a alguien que en su momento de más tristeza, pueda hallar una pequeña luz, pero que sirvió para iluminar y saber por qué camino seguir y transitar. Fue en ese preciso momento donde Sergio pudo encontrar y conocer la pasión y el amor de lo que uno hace y ama, en este caso, el de su profesor de enseñar tan apasionadamente Economía. Y también, esa parte tan humana de ponerse en el lugar del otro y preocuparse, ayudar siempre desinteresadamente, de estar en detalles tan simples y, a la vez, tan extraordinarios. Y comprender, qué cuando uno da y habla desde el corazón, a ese otro, y en este caso, a Sergio, todo eso bueno, simple y tan sencillo como unas palabras justas, hacen que uno pueda renacer de las cenizas.

Sergio, perdió a su hijo, reprobó su examen, pero

encontró lo más importante, y lo más valioso que una persona puede encontrar. Encontró un ángel, un padre, alguien que a través de sus palabras, sus acciones y detalles, le hizo saber que vale la pena continuar. Que aunque la luz sea pequeña, puede alumbrar una gran oscuridad.

En estos párrafos está como El Profesor (de Economía), pero me es necesario decir su nombre y apellido y agradecerle que haya aparecido en el momento justo y perfecto que Sergio (yo) más necesitaba.

Gracias, Rubén Telechea.



“MAMABU”
de Beatriz Capelli

Estoy en Monte. Un año raro. Mi cumple 70 con cambio de década. Lo comencé pensando en un loco festejo de una semana, así cada día podría compartir con distintas personas, que “EN ALGÚN MOMENTO SABORIZASTE MI VIDA” y como no podía ser de otra forma fabriqué con material de desecho SALEROS.

Cada día de la semana fueron pasando las maestras jardineras, mis compañeras del ENPA, las lujaneras, mis amigas personales y el domingo fiesta familiar.

También fue un año en el que planeé unas vacaciones sola, deseosa de pasar unos días solamente conmigo. Mis hijos me regalaron para el día de la madre un viajecito “CON SOLA” como yo lo llamo. Elegí este lugar porque ya lo conocía y me ofrecía seguridad para esta primera experiencia. Y acá estoy.

Hace un tiempo la lectura de un libro me enojó. Al comenzarlo surgió la lucha entre mi persona, mi realidad, mi profesión y aciertos y de los otros de mi vida.

Entonces me propuse escribir todo lo que sentía y vivía para poder compartirlo. Como siempre tengo algún ser querido cerca, solo tuve que cruzar la calle, contar mis sentimientos, mi dolor, mi deseo y allí estaba quien me alentó a hacerlo poniéndose a disposición. Comencé grabando en el celu lo que quería escribir. Me lo robaron. Hay que comenzar nuevamente...Tengo 70 años. Soy madre de cuatro hijos, abuela de dos nietos del corazón y cuatro más pequeños. Trabajé 45 años como maestra jardinera en un jardín al que vi crecer y allí pude recibir como alumnos a los hijos de mis nenes del jardín. Toda una vida de MAESTRA compartiendo alegrías, crecimientos, dolores, miedos, aventuras personales, de alumnos y sus familias y de las muchas docentes que pasaron a mi lado. ¡¡Maravillosa tarea!!!

Vamos al móvil de mi escrito. Hace 10 años y un

poquito, la familia esperaba la llegada de Manuel, mi tercer nieto. El mismo día sus papás recibieron la noticia de que el chiquitín tenía un problema neurológico. Yo que estaba en la sala contigua escuché al neurólogo. Cuando se retiró pasé, nos abrazamos y recuerdo haberles dicho, mejor saberlo ya, así podemos hacer todo lo necesario; existe la estimulación temprana y muchos tratamientos para ayudar a crecer, madurar e ir superando, a su tiempo, todas sus necesidades y carencias.

Recuerdo que su papá preguntó si este problema era compatible con la vida y si así puede ser feliz. Por ambas respuestas recibió un rotundo sí.

Entonces no necesitaba saber más. Sin duda esto marcó nuestra esperanza. Teníamos que comprobar si escuchaba, si succionaba, si podía tragar. Con la fuerza de todos y acompañados de la canción de Osías: “Quiero tiempo, pero tiempo no apurado...”, más el compromiso de los padres; a los cuatro meses ya estaba recibiendo estimulación temprana. Época ésta de fabricación casera de cuanto cosa podía ayudar

a estimular. Familia dispuesta a crear, inventar y fabricar, todo lo que podían sugerir los profesionales. Títeres negros y blancos para que pudiera seguirlos con la vista, cajas con semillas, texturas y sonidos. Fue creciendo y necesitando sillita de contención y se sentó. Chaleco de carga y se paró. Terapias y más terapias. Allí surgen los profesionales con siglas: TO, SA, ADD, AT y otros.

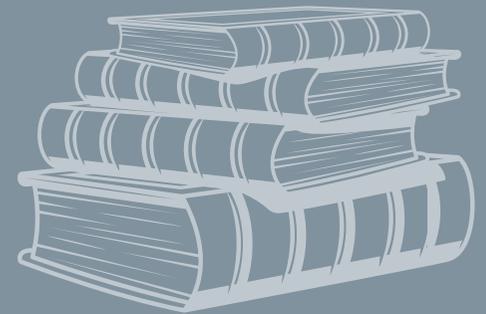
Y el hilo que hasta ahora nos tenía anudados por Manu, necesitaba ser elástico y aflojarse. Hay que encontrar jardín maternal para que socialice. Búsqueda, preocupación, consultas y una mañana mamá y abuela salimos por una institución responsable, segura, que acepten un niño con discapacidad que aún no caminaba. No recuerdo a cuantos jardines fuimos. Llevamos la historia clínica, necesitábamos contar la verdad y que así fuera aceptado con todas sus limitaciones y sus necesidades de atención. Mi rol en estas entrevistas era acompañar a mi hija y tantear, aprovechando mis años de experiencia, la forma de trabajo y el compromiso del equipo

directivo y docente. Sin duda elegimos correctamente. El jardín lo acompañó en su crecimiento y sus logros. Allí hizo su permanencia en sala de 5 años y egresó muy feliz. Hasta aquí su primera etapa escolar.

Hoy asiste a una escuela especial. No tiene riesgo de vida y se lo ve muy feliz. Manuel no habla con palabras. Cada día logra alargar su hilo y se comunica con todos por sus pictos, sus gestos y su tablet.

Y así fui soltando hasta donde se pudo mi rol de MAestra, MAMá y aBUela.

Soy muy feliz por ser sentirme MAMABU seguiré desatando nudos y estirando nuestro hilo desde la ABUELIDAD.



“EL JARDÍN DE LAS DELICIAS”

de Rocío Gómez

Cuando quisimos reconocer lo que la motivaba ya era en vano. Estaba ahí y no era posible eludirla.

En el pizarrón se proyectaba una pintura famosa. Yo, como siempre, en aquellas épocas iniciales no la conocía. Javi sí. Él conocía un poco de todo y todo de un poco. Al toque me dijo, así como susurrando, que era el cuadro de un tal Basco. No escuché muy bien, pero la profesora que daba la clase empezó diciendo que era una obra del Bosco y recién ahí entendí. Seguía sin conocerla.

Empecé a hablar con Javi en mi segundo cuatrimestre en la facu, allá por el 2006. Él tendría unos 27 años, yo 19, recién cumplidos. La facultad me quedaba muy grande. Un Goliat que todos los días de cursada me recordaba cuán débil era y cuán pocas chances de lograr la victoria tenía. Su amistad fue para mí como la piedra que lanzó aquel pequeño pastorcito. Eso me salvó del

gigante. Esa fue la primera de otras piedras que me dieron la victoria. No fue la única, pero fue la primera. No recuerdo bien si cursábamos Economía o Historia. Era una de esas. Empezamos una relación por obligación. Él estaba sentado a mi izquierda y nunca, nunca, llegaba a leer lo que estaba escrito en el pizarrón. Eso fue lo que causó nuestra amistad. Yo era su susurradora personal.

El Jardín de las delicias, así se llamaba. Al parecer, la obra estaba llena de símbolos y la profesora nos invitaba con pasión a que los reconocamos. Sí, creo que fue la palabra “simbólica”. Creo que Javi en ese momento me hizo ese chiste tonto, pero que siempre me sacaba una sonrisa, sobre el significado de la palabra “simbólica”. También creo que mientras me lo susurraba al oído la profesora nos miraba impaciente y algún compañero trataba de hacer un comentario erudito. Yo, ese yo de 20 o 21 años que ya estaba en pleno enfrentamiento con Goliat, me preguntaba qué estaría pensando aquel hombre al momento de pintar semejante obra.

La catástrofe empezó de a poco. Con Javi seguíamos buscando a Wally en ese jardín y yo a sentía ese cosquilleo en los pies. Sí, creo que fue Wally. Puede ser.

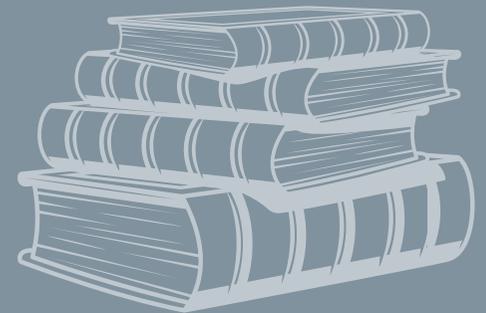
No sé ustedes, pero en mi caso comienza desde los pies y ebulle al resto del cuerpo hasta que se libera. Buscá al conejo, me dijo Javi. ¡Lo vi! Le dije... en la parte derecha, la que tiene menos luz, pero en la zona alumbrada ¿Se está comiendo unas piernas? A Javi ya lo vendía la cara. El cuerpo también ¿Por tan poco íbamos a delatar nuestra inmadurez delante de toda la clase? ¡Basta Javi!

La profesora nos seguía mirando impaciente mientras explicaba no sé qué concepto poético. Aún no era el momento, quizá pensaba. Las demás profesoras sentadas en la esquina también miraban. Yo evitaba sus miradas. La de Javi también, pero por otras razones. El cosquilleo subía. Ya estaba en mi panza. Ya molestaba. Tenía que encorvarme, esconderme sobre mí misma. Si me enderezaba, salía. Ya pinchaba, era molesto y placentero a la vez. Javi estaba igual que yo,

o peor, pero la tos, su fiel compañera, lo ayudaba a disimular. En esos momentos deseaba fervientemente que Javi se levante para ir al baño, que salga a fumar, que se haga humo. Sabía que, al permanecer al lado mío tentado por los susurros, el colapso era inminente. Yo no podía evitarlo y él tampoco. Se me acercó. Con solo sentirlo de nuevo próximo, el pinchazo empezó a subir. Ya me sofocaba. El querer aguantar la risa me producía una sensación vomitiva, una suerte de ahogamiento intermitente. La tengo dominada, me decía para mí. ¡Respirá profundo, no seas boluda! Todavía te quedan dos materias más con ellas. Todavía tenés que seguir cursando con ellos. ¡Dale, vos podés! ¡Contenela! Buscá la almeja negra, me dijo y sabía que era mi perdición. Yo estaba tratando de controlarla, casi la había sometido. La curiosidad y las ganas inconscientes de liberarme al fin de esa carga me vencieron. Todos nos miraban. Se respiraba el bochorno. Ya estaba en mi garganta. Mi vista fue hacia el panel central. Quería ver, por esas cuestiones que no tienen explicación razonada, pero a la vez no. Mi vista buscaba. La encon...

Ni siquiera pude terminar de decirlo. No sé si empezó Javi y le seguí yo o fue al revés, pero ya estaba ahí. Implacable. Tirana. Soberbia. Apoderándose de todo el espacio. Acaparando todas las miradas. Algunas cómplices, otras condenatorias. Pero todas puestas en Javi y en mí.

Ya no había nada por hacer. Se escapaba como agua entre las manos. Salpicaba todo en su camino. Fresca. Indomable. Sin misericordia. Digna de este recuerdo.



“SIN TÍTULO” de Mateo Caputo

Resulta una tarea exhaustiva recordar una situación concreta que haga dar cuenta de un cambio en lo que respecta a mi persona. Sin embargo, el aproximamiento logrado por el ida y vuelta constante de los contenidos vistos en la Facultad de Ciencias Sociales, me permiten diagnosticar un surgimiento de un Yo que cuestiona su presencia y sus ideales constantemente. El acercamiento a las diferentes casas de estudios, emana un una cosmovisión relacionada a repensarse y dispuesta a lograr un nuevo conocimiento de uno mismo. Existe un primer espectro que recuerda a cada estudiante, la importancia de la política en un territorio que quiere alejarse de ella. Los pasillos son recorridos por un concepto que intenta ser central en el espacio público. Pero esto no representa de forma total el transcurso del tiempo en la facultad, ya que es relevante la introspección lograda por un cuerpo de materias que propone perspectivas y orígenes conocidos o no, sobre el mundo en el que los estudiantes habitamos. Resultan

inolvidables los primeros pasos hacia ese “nuevo mundo” propuesto por la comunidad universitaria y de la facultad, donde nos alejamos del trato personalizado y nos acercamos a pensar cómo se tejen las redes en las que compartimos sentido. Es inolvidable pensar en el bar, igualándolo, casi, a la sociedad, al espacio de interacción, donde ese café de alta temperatura, que quema al igual que la realidad, pero la presencia de una, o quizás dos, medialunas, se transforman en esos conceptos o teorías, que nos llevan a comprender esa realidad desde diferentes perspectivas. Pero también es inolvidable comprender que un ambiente que se hace ver pequeño, guarda dentro de sí, una infinita cantidad de realidad y de conceptos que están en constante intercambio y hasta a veces, las medialunas se mojan en el café.

Sin embargo, antes de ello, un amplio campo refleja el espacio ocupado por las diferentes Facultades: Sociales, Económicas, Ingeniería, Agrarias y Derecho que son alguna parte de la columna vertebral del pensamiento crítico del Conurbano, confirmando y conformando su identidad desde hace 50 años, sin dudar de su importancia en el sujeto

del que es parte, haciéndose valer en el espacio local y regional, ya que incluso, la realización de diferentes eventos de comunicación, resultan una experiencia inolvidable que hicieron certificar que mi rumbo era este y no cualquier otro, con expositores que hacían dar cuenta de diferentes perspectivas plausibles al análisis de la comunicación, donde comenzaban a coexistir diferentes acentos del mismo idioma, allí no existían fronteras, sino que todos nos convertíamos en pensadores del tiempo, de la actualidad y nuestros oídos recepcionaban contenido académico de alto nivel.

La Universidad Nacional de Lomas de Zamora es el lugar donde incluso conviven las diferentes especies naturales, sus vastos campos, siempre logran generar una experiencia inmersiva, en donde los ojos no logran coordinarse para llegar a visualizar la belleza del espacio verde cuidado constantemente, donde en algunos momentos, se llega a oler el pasto que acaba de ser cortado y se convierte en un aroma característico de la casa de estudios, sumado al de los bares de la facultad, que de alguna forma logran coexistir en el espacio-tiempo de la Universidad.

“CORRESPONDENCIA INESPERADA”

de Rodrigo Barzola

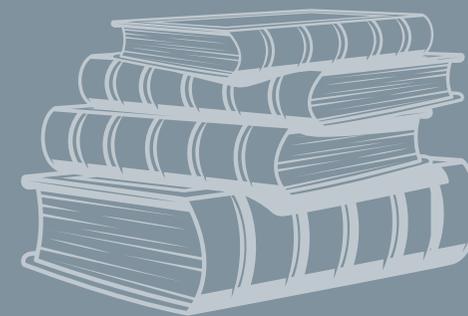
En el mes de junio del año 2020, recibí una carta de un gran amigo exiliado en Argentina, ya hacía más de un año que no tenía noticias de él, ante la pérdida de su madre había viajado a la casa de un tío lejano, en la provincia de Buenos Aires, de dicho país. Habíamos terminado la preparatoria con la idea de continuar nuestros estudios en filosofía y letras, pero nunca se nos había ocurrido que lo haríamos a una distancia tan considerable. Imaginen mi sorpresa cuando llego el correo y en el remitente alcance a leer Rodrigo Adrián de la Torre, mis manos comenzaron a sudar y mis pensamientos a viajar a unos meses atrás, cuando no nos dijimos nada, solo nos fundimos en un abrazo fraterno. La carta decía algo que me llenó de alegría, él si había continuado sus estudios según lo planeamos, se había logrado inscribir en la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, en la carrera de licenciatura en letras.

Se encontraba con muy buena salud y de un buen humor aún más bueno, me conto todo lo que me extrañaba, y todo lo que extrañaba las comidas de mi madre, él solía quedarse estudiando conmigo hasta muy tarde, por lo que cenábamos siempre juntos, luego su madre pasaba por él a la vuelta de su trabajo. Parecíamos hermanos gemelos, por lo ello, me pone muy feliz saber de él, pero al mismo tiempo, me entristece. Sus primeros meses fueron muy difíciles, aunque poco a poco fue superándolos, cuenta que los argentinos, son muy pasionales, impulsivos y capaces de sorprender a cualquiera con sus genialidades. Los otros estudiantes se encontraban a gusto con él, sobre todo las del sexo femenino, debo aclarar que las facciones de mi amigo eran las de un actor de cine y sus ojos del color del cielo, fascinaban. Pero lo que más me destacaba entre sus líneas era la experiencia de los catedráticos de la universidad, no quiere decir que todo era color de rosa o trágico, solo contaba que algunos eran como los que hay aquí, aunque otros, eran maravillosos, dignos ejempla-

res a quien admirar y escuchar por horas, tan enérgicos, tan entregados a su vocación que sorprendían, dignos de poseer la gloria, pero no esa que ambicionaban los antiguos guerreros griegos, sino la de una sana entrega. Con muy poco egoísmo o casi ninguno. Él confesaba estar enamorado de la vida en ese país, de la experiencia de la vida universitaria, con muy poca competitividad y mucho compañerismo, con una pasión nunca antes vista, sobre todo por el fútbol, quedo fascinado también con la historia, un conjunto de eventos casi cíclicos que se fueron dando a lo largo de la vida de esa joven sociedad, prácticamente adolescente. Algo que me conmovió hasta las lágrimas, fue su confesión sincera, la sencilla razón de no haber encontrado amistad que se encuentre al mismo nivel que la nuestra, de solo leer esas líneas, ya quisiera estar junto a él, abrazarlo como lo hacía y vivir toda esa alegría que me contaba. Amistades podía hacer muchas, él era la persona más espectacular que había podido encontrar en mi camino, amores aún más. Era una de esas personas que no te

conformas con ver una sola vez, debes volver y contemplarlo un poco más y cuando hablaba te maravillaba, tenía una poesía en sus palabras que te hacían querer quedarte inmóvil esperando la pausa. Los profesores lo adoraban y no solo era por sus facciones o los ojos, ni siquiera por su acento, sino por su lírica, parecía quizás una reencarnación de Lorca, su prosa no era mala, pero nada te dejaba tan al desnudo como sus versos. La carta continuaba nombrando a varios de los docentes de los cuales se estaba nutriendo y compartía no solo experiencias propias, sino de sus compañeros, que se encontraban tan maravillados como él, en cuanto a la entrega de estos educadores. Luego me comento la posibilidad de participar en un certamen literario, aunque no se encontraba muy seguro de su desempeño, lo iba a intentar y fue ahí donde le vino a la mente todo lo que soñábamos de pequeños, todas las aspiraciones a las que anhelábamos llegar. A ser renombrados profesores y escritores célebres, ilusiones de pequeños, pensé mientras me devoraba las últimas líneas de sus escri-

tos. Hablaba de la política en la universidad y los consejos estudiantiles, aunque lo que más me sorprendió o lo que me descoloco, como si fuese un punctum en un lienzo, fue la figura de un duende que deambula por las noches en los alrededores de la universidad, sin asistir a clases...



“EL MEJOR REGALO”
de María Eva Percíncula

Una mañana soleada de reflejo dorado sobre el pasto mojado por el rocío, me hacía bostezar.

Pensamientos rebotaban en mi cabeza, de filósofos con grandes relatos que mi mirada perdida en el ventanal del aula no permitía ingresar.

No había dormido bien, ni había llegado a desayunar. Por lo tanto, aquellas primeras horas de clase se tornarían algo duras de atravesar.

Tres golpes en la puerta y una figura pequeña y bien despierta pedía permiso para poder entrar.

Sus palabras penetraron en mi cerebro aún vacío y por su mirada me dejé interpelar. Sentí como si a mí sola me hablara y su intervención me invitara a escuchar y participar.

Ella se fue, pero su destello me siguió tala-drando la curiosidad. Terminó la hora y salí ha-

cia el pasillo, que lleno de bullicio, me invitaba a escapar.

En otro momento de mi vida hubiera seguido ese impulso de embarcarme en cualquier bon-di hacia mi casa. Pero aquella vez fue diferente, seguí a mi intuición y ésta no me falló.

Me acerqué a una mesa pintada de colores, llena de carteles y mates que circulaban de mano en mano.

Ella me recibió, con sus gestos me convenció y a la semana siguiente, con varios compañeros vestidos de payasos, alegrábamos infancias de todas las edades. En dos semanas intentábamos ayudarlos con las tareas del colegio. En un mes sabían nuestros nombres y nos ligábamos algún abrazo al llegar. Para octubre habíamos conseguido conocer cada historia, ganarnos una mirada cómplice y una sonrisa gigante cuando pasábamos el barrio.

Con frío, con lluvia, con calor, con cansancio, hasta con las últimas monedas en el bolsillo, no íbamos a faltar.

Se hacía larga la espera de la semana planifi-cando la actividad.

Eso me regaló mi facultad, la hermandad en la lucha por la igualdad social.

“EMERGENCIA LITERARIA”

de Marta Albarracín

Generalmente no era mi costumbre almorzar antes de ir a las clases de literatura. Un viajecito de una hora desde Monte chico (mi barrio) hasta Lomas de Zamora, en el 501, no dejaba de ser “un mini tour” sin grandes complicaciones.

Por suerte, lo abordaba en la esquina de casa, con la santa paciencia de ir colgada debido a la gran población, de mamás y niños rumbo a la escuela. Compensaba esta odisea el hecho de terminar el recorrido en la misma entrada de la Universidad de Lomas.

Todos los martes el mismo trayecto para llegar casi siempre al filo de las 14 horas, hora de inicio de las clases de literatura. No era mi costumbre almorzar antes.

Mi esposo solía cocinar exquisitas sopas y antes

de servirlos, separaba en la fuente ovalada azul, los deliciosos trozos de carne de ternera, batatas, papas, zanahorias, choclos, habas

y calabazas de nuestra huerta.

A veces el contenido de la fuente me tentaba. No era mi costumbre almorzar antes. Después de media hora de recorrido el pasaje se aliviaba bajando la mayoría en la Escuela N° 1 frente a la plaza Mitre, y en la estación de Monte Grande ya era un alivio total.

En ese momento comenzaba mi relax. García Márquez era mi compañero de viajes en ese entonces, aunque nunca llegué a leerlo dos veces. Faltando media hora para mi destino, recordé que algunas veces este colectivo, según qué chofer, no nos dejaba justo en la puerta sino en los galpones de la empresa, obligándonos a cruzar el puente por esas escaleras empinadas. Esto me amargaba. El solo pensar en eso, produjo una revolución en mi estómago que hizo empalidecer mi día.

Me encontraba con el dilema de bajar o de conti-

nuar. La clase de ese martes era para redondear detalles del próximo café literario y finalizar el análisis de la “Mala sangre” de Griselda Gambaro. ¡Me interesaba asistir! ¡Oh por dios!, el vaivén del colectivo era para mí como dardos punzantes a mi panza. Pude comprobar en esos críticos momentos que, a mi edad, setenta y algo podía timonear bien mis músculos rectales para evitar la catástrofe que se avecinaba.

Sentí mis manos frías, mi descompostura en aumento y un sudor helado me mojaba la cara y el pelo. Nunca almorzaba los días martes. Comencé a rezar. Un falso movimiento sería mi fin (aún había seis personas en los asientos traseros) y yo no aguantaba más tan tremenda situación. Las quince cuadras faltantes para llegar parecían haberse duplicado o triplicado y mi descompostura era total.

Por ese entonces, en casa veíamos la serie “Moisés”, él hablaba con Dios quien escuchaba sus ruegos. También vinieron a mi memoria algunos versos de Martín Fierro “Pido a los santos del cielo que acudan ...”

Pague todos mis pecados en esos momentos cruciales donde, inmediatamente, se presentaban otros nubarrones (cómo descender si al más breve movimiento, la tragedia). No sé cómo hice para bajar. La bendita entrada a la Universidad, el sendero interminable hasta la Facultad de Ciencias Sociales, caminando raro, midiendo los movimientos, para no cometer ningún error. El trecho hasta donde me dirigía era un espejismo de alivio y ansias de llegar: ¡los sanitarios!

¡No!, no!, dos escobas en forma de X más un balde, un estropajo y un cartel improvisado con el terrible aviso de “clausurado por falta de agua”. Por poco me infarta. Mi mente, mi estómago y mis esfínteres era una guerrilla total. Haciendo uso de mis agotados recursos, me dirigí como pude a los sanitarios de en frente del Auditorium, a unos cuarenta metros aproximadamente y...otra vez la misma y caótica traba con la diferencia que había dos empleadas de limpieza.

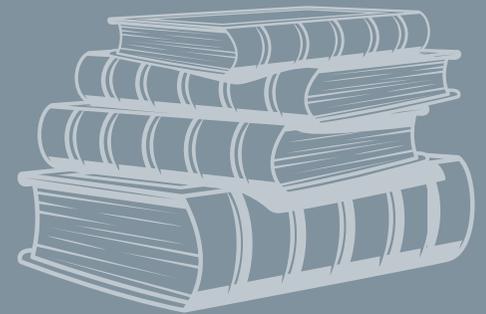
Entré como quien sale de un infierno, tirando a mi paso todos los elementos de clausura y gri-

tando ¡¡es una emergencia!!

- ¡Señora no puede pasar!

Oídos sordos y alivio definitivo acompañado del ruido cómplice del agua del depósito. Al salir solo atiné a decir:”! ¡Perdón, perdón, chicas!

Nunca acostumbraba a almorzar los martes. Mi cara ardía de vergüenza.



“AVES DE CORRAL”
de Leandro Guerschuny

Qué quiere que le diga, maestro, un día se está en la cima del mundo (o la Biblioteca nacional) y al otro día se está barriendo huevos, guano y plumas. Usted me entiende bien pero ya me contó su historia; déjeme que le cuente algo de la mía: nací y crecí en una casilla humilde en Turdera. Me crié con nueve hermanos y primos me crié.

Mi padre jue un tal Pedro Iberra. Se me fue siendo yo muy gurí. Usted me contó que su apellido viene del Brasil, mi abuela se vino del Paraguay. Mi padre fue mensú, leñador, obrero, golondrina, siete empleos como le dicen. Pululó por toda la costa del Paraná y se asentó en Buenos Aires, acá por el Camino de las tropas, cuando orillaba el centenario.

El otro día me dijo: “no hacen falta gauchos para hablar de Argentina”. Pero le digo una cosa: us-

ted mismo me habla todos los santos días de sus “mitológicos” compadritos del 900. Mi abuela me recitaba el Martín Fierro; Ud. ama particularmente esta novela... bueh, “epopeya”. Lo que digo es: somos lo que somos y tenemos que vivir con y de lo nuestro, pero este chamullo es del tiempo de Rosas.

Mi tío me adoptó después de haber matado a mi padre, su hermano. Dicen que se batieron a duelo por ver quién era más guapo, pero yo entiendo otras razones. Todo ocurrió aquí, en este pantano que ahora llaman humedal de Santa Catalina. Mis hermanos me dijeron que el duelo tuvo motivos políticos: mi padre era conservador y mi tío, yrigoyenista. Nuestra historia -lo sabe bien- se define a boca de bufoso. Y hoy no es la excepción, por eso aprecio mucho que esté acá, a pesar de la bronca que tiene.

Con mis hermanos y primos nos criamos a la buena de Dios, como yuyos de monte: crecemos a la deriva pero somos tercicos de arrancar. Usted me habla del Alcorán y de la Cábala, me habla de dioses y lenguajes; déjeme que le

diga que no le entiendo mucho. Sé leer y escribir pero la filosofía se la debo. Tengo hasta segundo año de escuela comercial y nunca me gustaron los libros.

Usted estudió en las mejores universidades de Europa. Yo aprendí de la calle como mi padre y mis tíos, aprendí. Me gustan los cuchillos, la timba, el tango, las milongueras y la bebida. Y estoy con este gobierno: fíjese que se están construyendo escuelas, hospitales, bibliotecas, barrios, fábricas ¿qué más quiere? Dice que el hombre es un dictador, pero fue rescatado por las multitudes. Por el mismo pueblo que bancó al Peludo. Creame, nunca me metí en política, pero este moustro y esa mujer me pueden.

Con catorce abriles dejé la escuela y me jui al campo a laburarla. Lo único que se gana allí es miseria y malestar. Volví tres años después, rengo y descangallado, solo cargando con mi cuerpo. Jue cuando la “Revolución” (una revolución bastante infame). Usted se crió con la tilingada pero es un laburante; defiende a una clase que no es suya. Dígame la verdad, ade-

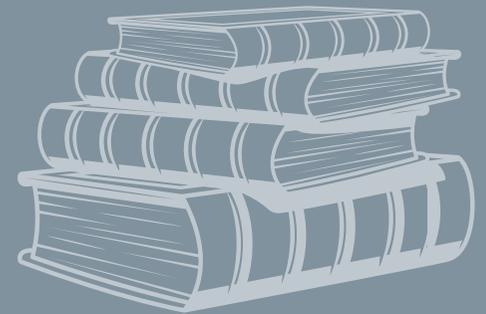
más de la casa-quinta en ese laberinto llamado Adrogué ¿cuántas hetáreas tiene? ¿Cuántas vaquitas? Ya sé que sos letrado, yo lo leía a Ud. en Crítica, lo recuerdo bien. Y ahora me defiendo a esta oligarquía “con olor a bosta” -como decía Sarmiento-.

Me reclama que “encanaron” (en realidad, demoraron) a sus amigas pero deje que le diga que a sus amigas les gusta armar escándalo. A mí también me engayolaron un par de veces por reclamar en la calle. Es cierto -se lo concedo- que traernos a este chiquero es un mensaje; a mí no me aflige este lugar, ya estoy acostumbrado. Esto lo hago con mucha honra, después nos damos una ducha, nos desplumamos y se nos va el tufo.

Entiendo lo de la memoria absoluta y del fulano que escribe lo que ya fue escrito; ahora, eso de darle un final al Martín Fierro me suena apócrifo y lo del jardín escondido en el tiempo me cuesta ¿qué quiere que le diga? Otro día le cuento de los hermanos Nelson que eran de por aquí.

Deje de quejarse, no le fue nada mal a Ud. Le voy a hacer una confidencia: mi padre y mi tío no se mataron por guapeza, ni por política. Jue por una mina, jue. Por mi madre, que escapó después de ver finado a su amante, mi padre.

Le hago una última confidencia: creo que a este señor no lo odian. Al General lo respetan bastante, a pesar de los estatutos, derechos y discursos. Es a ella a quien realmente odian. La odian por mujer y por humilde. La odian por ganarse el corazón del pueblo. Porque, además de ajusticiarnos, pelea por los derechos de las suyas las mujeres. Atiende a descamisados en persona, le cantó las cuarenta a las paquetas, pero sobre todo es corajuda. Y la odian por eso. Somos muy machistas los argentinos y las mujeres son el futuro. Ud. quedará en la historia, quedará... pero tendrá que apretujarse y hacerle un lugarcito a ella. ¿Sabe, don Jorge? creo que, después de todo, no somos tan distintos.



“TIERRA FIRME”
de Vera Giandana Hamra

A fines de 2014 vivía en un lugar donde me sentía extranjera, foránea, a pesar de que había pasado ahí toda mi vida. Me sentía de cabeza, en vertical, con mucho dolor, cansada, aturdida, a la deriva y sin decisiones propias.

Empecé el año con el inicio del curso de ingreso a Ingeniería química. Tenía evaluaciones todas las semanas. Después de dos exámenes, mi viejo tuvo una muerte súbita. Fue un viernes, tuvo algo de *timing*, porque no cursé el finde y pude atravesar esos días con amigos, sin responsabilidades.

El lunes siguiente, en la necesidad de aplacar mi mente, volví a la facu. Me fue bien, aprobé y entré, pero a mitad de año me di cuenta de que ahí se sentía desconocido; de lo desconocido que no te da curiosidad, sino que te expulsa. Las paredes eran grises, sólo se hablaba de núme-

ros. Si a alguien le preguntabas algo más allá de las fórmulas, aparecía en sus ojos la ruedita de “cargando” y lo más probable es que la respuesta fuera “No sé”. Fin de la charla.

Me costó, por el peso de haber errado, pero decidí dejar la carrera. Inmediatamente busqué otras facultades y chusmeé sus planes de estudio. Abrí muchas pestañas con las carreras que me interesaban y me di cuenta de que todas hablaban de lo mismo: comunicación.

Quizás la UNLZ no tenía mucho marketing en internet o yo tenía muchas ganas de irme de donde estaba. No sé cuál fue la causa que explica que mi primera opción fuera la UNLP. Por suerte, seguí con la búsqueda y apareció la UNLZ, la Facultad de Ciencias Sociales con su Licenciatura en Comunicación Social, y yo me enamoré. Cerca de Longchamps, a dos bondis, donde ya estudiaban varios amigos y donde mi viejo se graduó de abogado.

Las inscripciones se hacían en diciembre. Era agosto, había que esperar. En ese tiempo arran-

có el otro naufragio. Mi mamá flasheó la inversión del siglo en una empresa en Brasil. Eso implicó mil planes que se hicieron y deshicieron a su antojo. Cuando busqué dónde estudiar en Brasil, me enteré que no hay universidades públicas allá, la comparación me hizo dimensionar el enorme derecho de poder estudiar sin aranceles. El panorama era oscuro y solitario.

De un día para otro, justo en la noche del anteuúltimo día de inscripciones a la UNLZ, mi madre decidió que nos quedáramos. Excelente noticia, pero en un pésimo momento. Si no llegaba a inscribirme, significaba otro año igual, trabajando con ella, sin mi espacio, a su merced en las decisiones, en ese lugar en el que no me reconocían y sin acercarme a estudiar lo que quería.

Ese viernes empecé temprano, busqué los papeles, tenía que hacer fotocopias. Me fui al centro de Longchamps, todo abría a las 9 horas. Esperé y lo conseguí. Volví, me cambié y partí otra vez a la estación. No venía ningún tren. Luego de esperar media hora, avisaron por altavoz que se cortó el servicio. Salí de la estación y las filas eran intermi-

nables. Todos esperaban bondis que los acercaran a Burzaco. Tenía que tomar el 406 y para eso tenía que llegar a la próxima estación, pero en el conurbano sin trenes todo se vuelve cuesta arriba.

Volví a casa corriendo y el tiempo seguía avanzando. Me quedaban menos minutos para llegar. Busqué mi bici y arranqué a pedalear. Fui por Pavón, llegué a Burzaco, 40 cuadras después, agitada, acalorada y chiquita. Dejé la bici en la guardería y se me fue en la cara un bondi, otra vez a esperar. Mientras, puteaba a mi madre, pensaba alternativas, mi mente corría, pero mis pies estaban estáticos y se derretían. Vino el bondi, llenísimo, me metí a la fuerza, quedé en los escalones de la puerta de adelante. Me agarré del techo con la punta de los dedos. Media hora de viaje, con baches, frenadas y sin ventanas.

Empecé a ver el tanque de la UNLZ, el puente, verde y celeste infinito, se veía la entrada al campus y su arboleda. Me bajé, mientras caminaba miré el reloj, vi que estaba a tiempo y se me inundó de felicidad el cuerpo. Cuando entré en la Facultad, me acerqué a la ventanilla y

expliqué acelerada que tenía que inscribirme, como si en eso se me fuera la vida. Me preguntaron la carrera, respondí “Licenciatura en Comunicación Social” con una emoción inexplorable. Me inscribí y salí feliz, porque sabía que ahí quería estar.

Los primeros años pensé que la Facultad era mi salvavidas, estaba naufragando, tenía cansados los brazos de sostenerme y este maravilloso lugar, junto a mis compañeres y docentes, me sostuvo a flote.

Después de varios años ahí, descubrí que la Facultad y la UNLZ fueron y son mi tierra firme. Cuando llegué dejé de sentir el bamboleo del agua y conocí la libertad. Fue el primer espacio seguro al que llegué después de sentirme muchos años sin un lugar de pertenencia. Di primeros pasos importantes, conocí personas que me abrazaron, cuidaron, ayudaron, acompañaron, impulsaron, confiaron en mí, me hicieron crecer y reír. El campus se convirtió en mi jardín, la Facultad se convirtió en mi hogar y las personas que transitan sus pasillos se convirtieron en mi familia.



“UNA ACTRIZ QUE LLORA Y UN CAFÉ”

de Rocío Villalba

Una vez más, recolecto polvo en este asiento que se tambalea sobre sus patas como el mareo de un borracho. El golpeteo de sus dedos finos contra la mesa suena como una tímida melodía. Había olvidado, casi obligadamente, el cosquilleo en el estómago que me producía el silencio de su mirada. El tiempo arrastrado hacía que el sentir se volviese una tormenta a punto de desatarse. Su rostro, sus manos, su manera de vestir y de pararse ante el mundo, cada detalle se sentía una ensoñación.

Cinco meses tuvieron que volar para que las aguas nos dejaran respirar, para que el primer mensaje sea enviado y la invitación aceptada nos llevase al punto de hoy. Soñaba despierta por una oportunidad así, imaginaba los distintos escenarios e infinitos diálogos mientras realizaba mi vida de monotonía. Pero atravesar las puertas de la cafetería sabiendo que su imagen

esperaba tensa, revolvió mis entrañas con inquietud.

El saludo fue casi tan incómodo como el silencio que los labios habían decretado. La lluvia caía fuera del edificio mojando a los pájaros estudiosos ¿Quién acabaría primero con el mutismo? ¿Quién tenía las agallas suficientes para dejar libre la voz que tanto tiempo estuvo escondida?

El canto de un ruiseñor no era tan dulce como solía ser. Había madurez en su manera de hablar y mover las manos, relatando acerca de su día, convirtiéndonos por un instante en los amigos de toda la vida que solíamos ser. Tengo mucho para decir. Había intentado que mis letras, en aquel momento, fueran lo más concretas posibles, pero las ideas de una joven inexperta eran demasiado revueltas. Su carta era algo similar, perdonaba y dejaba a la deriva un futuro que no sabíamos si algún día llegaría. Pero nos encontramos.

El motivo del final inconcluso no fue una cuestión de bien y mal. Sólo eran las consecuencias

de los pensamientos de dos humanos casi adultos que intentaban con esfuerzo sobrevivir a la avalancha de emociones en una nueva etapa. Pasos en falso como el trazo de un niño por fuera de un dibujo.

-Ha pasado bastante tiempo desde la última vez- digo. Mi voz suena estrangulada; sin aire e incapaz de tragar las palabras.

-Sinceramente, no creí que me llamarías.

La postura de su cuerpo desprendía una seguridad inigualable, totalmente contrario al recuerdo de aquella joven que alguna vez había sido tan cercano; una chica joven tímida, con un amor llamativo por el color rosa, perdida en su primer día en la universidad. No podría olvidar jamás, por más fin del mundo, la primera vez que me crucé con esos ojos marrones y brillantes, tan abiertos como quien ve la vida inocentemente.

Eran pocos los diálogos que habíamos compartido en ese momento, pero en los minutos que coincidíamos, admiraba como se centraba en

los detalles que el resto parecía ignorar.

-Me gusta cuando las hojas se mecen, son el centro de la obra, como actrices que lloran -dijo alguna vez en clase, mirando por la ventana que daba hacia el predio coloreado de vívidos verdes- Me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que se cansen de perseguir esa inmortalidad.

-Probablemente, hasta que el viento pare.

Su amor por el romanticismo era lo que más recordaba. Amaba la vida como un niño que ve por primera vez a la luna. Solía relatar versos a escondidas, tímida de ser descubierto por sus compañeros.

-Aburrida.

Recuerdo haber sonreído mostrando todos mis dientes.

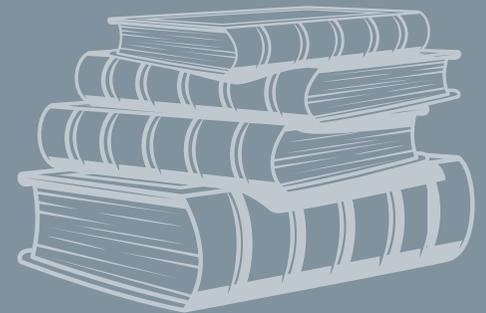
-Bueno, entonces: cuando los corazones sean sanados por amor.

-Lo prefiero así- dijo y soltó una suave risa que estalló en mis oídos, como la explosión de cien-

tos de flores, sobre el ruido de aquella aula.

Esa manera de encontrar lo magnífico en las cosas parecía no haber huido. Al contrario, los destellos en sus ojos aparecían y desaparecían al igual que el tintineo de una luciérnaga. Me preguntaba si aún pensaba en esos árboles como la escena final de una actriz.

Finalmente, el reloj marca una nueva hora, el inicio de una nueva clase se acerca. Así, inhalo y exhalo antes de anunciar lo que por semanas viene revolviendo el baúl de recuerdos empolvados.



“VIVENCIAS” de Silvina Soto

Mi vida cambió con la universidad. Algo impensado en mis años de juventud puedo decir lo mucho que me emociona pisar sus veredas, sus patios, el campus, ver chicos/cas/ques tomando mate, conversando, estudiando para un parcial, disfrutando. La facultad es un espacio especial rodeado de árboles; se escucha por ahí el bullicio, risas, quizás una pena que se calma con oídos que escuchan y ayudan comprendiendo cada situación, mientras tanto, se nota un ambiente de mucha agitación. Estamos en época de elegir al centro de estudiantes, que se encargará de hacer punta con los desafíos de las propuestas que presentaran para mejorar nuestra Universidad.

Es admirable verlos con tanto entusiasmo comunicarnos sus diferentes propuestas esperando que cada uno de nosotros/tras/tres se cope con ellas, lo hacen con conciencia social y soli-

daridad. Demuestran su verdadera lucha, la que tomar con responsabilidad.

La Facultad tiene “ese no sé qué” como nostalgia, alegría, todo los sentimientos juntos en ella conviven en las cátedras, los/las/les alumnos/as/es aprendiendo, los/las/les profesores/as enseñando cada una de sus materias. Todo conserva el encanto, se ve mucho esfuerzo, hoy con una modalidad nueva las del Zoom, cuantas anécdotas o experiencias únicas, que llegaron para quedarse.

Todo muy emocionante y alentador, pero también no puedo dejar de mencionar nuestra realidad la que vivimos. Hoy una dinámica tan rápida pasa por nuestras vidas, la economía, la política; esta situación tan difícil que muchos de nuestros compatriotas tienen que vivir. Esperando pronta solución conteniendo a todos/as/es.

Ahí estamos los estudiantes con sueños, proyectos luchando a brazo partido por salir adelante. En esta universidad pública querible, importante para cada uno de las almas que transitan es-

tos espacios, quizás en un tiempo no muy lejano vea un título (en mi caso, primera generación de universitarios) con lo que ello implica ver mis sueños cumplirse rodeada de los que amo, amigos, compañeros/as/es, que el paso por ella me dio y me dará.

Con mucho cariño recordar los comienzos, el curso de ingreso, el aprender a estudiar, los apuntes, los nervios en los parciales. Ciencias Sociales donde te preocupa el/la otro/a/e. Todos/as/es son importantes. El corazón palpita por esos sueños realizados amor encontrados, tomar un café, hablar de la cátedra como también de bueyes perdidos, seguir con nuestras vidas, pero nuestro paso por esta universidad perdurará ya nada será igual porque ha dejado una marca a fuego en los corazones de quienes hemos pasado por esta casa de estudios.



UNLZ

ISBN 978-987-3839-37-5



9 789873 18393751